

ESTUDIOS

Lo humano y lo animal. Meditación semiótica sobre “Los gallinazos sin plumas” de Julio Ramón Ribeyro

Santiago López Maguiña

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

slopezgoro@gmail.com



Resumen

Este artículo constituye una reflexión semiótica sobre “Los gallinazos sin plumas”, relato epónimo de Julio Ramón Ribeyro. Nos proponemos demostrar que este es un relato alegórico sobre los inicios de la modernidad en la Lima de los años cincuenta. Para tal efecto realizamos un acercamiento a la oposición entre lo animal y lo humano, y nos concentramos en el análisis de la zona fronteriza que presenta el cuento a partir de la cual se hace la distinción entre los dos elementos de la oposición referida.

Palabras claves: Julio Ramón Ribeyro, “Los gallinazos sin plumas”, alegoría, modernidad.

Abstract

This article is a semiotic reflection about “Los gallinazos sin plumas” eponymous story of Julio Ramon Ribeyro. We intend to show that this is an allegorical story about the beginnings of modernity in the Lima 50’s. To this case we make an approach to the opposition between animal and human, and we concentrate on the analysis of the border area that presents the story from which the distinction between the two aforementioned opposition elements.

Keywords: Julio Ramón Ribeyro, “Los gallinazos sin plumas”, allegory, modernity.

1. Introducción

“Los gallinazos sin plumas” es un relato prototípico en muchos sentidos. Intenta representar un estado de cosas característico del mundo urbano limeño de los años cincuenta, cuando se acentuaba el proceso de urbanización¹. Mediante la historia de dos niños que recogen restos de basura por mandato de su abuelo a fin de cebar a un chanco, busca mostrar una forma de vida generalizada entre los pobres. En el plano discursivo, en segundo lugar, se destaca la importancia que presenta la dimensión de lo retórico². En este relato sobresale especialmente el sentido alegórico que caracteriza buena parte de la obra de Julio Ramón Ribeyro que muchas veces lo acerca a la fábula o a la conseja, aunque la moraleja consiguiente no se formule explícitamente. En los cuentos de Ribeyro, el componente moral o moralizante es implícito y hay que interpretarlo.

En este ensayo estudiamos precisamente el simbolismo que constituye la base significativa del relato mencionado y prestamos atención a la construcción de la forma de vida de los pobres que en él se hace.

2. El simbolismo de los animales

2.1. “Gallinazos” y “Cerdo”

Desde el título, “Los gallinazos sin plumas”, se cotejan los temas de lo animal y de lo humano, lo que se expresa a través de un universo significativo formado por tres animales emblemáticos: “gallinazos”, “cerdo” y “perro”.

Los “gallinazos”, siempre figurativizados como una colectividad, son aves de carroña de plumaje negro, que frecuentan el paisaje limeño, especialmente alrededor de los montículos de basura y de los muladares, que hasta no hace mucho eran presencias cotidianas en Lima. Los gallinazos son, pues, animales asociados a lo cadavérico, a lo putrefacto, a lo sobrante, a lo que ya no tiene uso, a los excedentes que no tienen lugar.

El “cerdo”, figurativizado como una individualidad, es animal que tiene una enorme carga simbólica en las culturas en donde se lo conoce. Se le asocia tanto a contenidos despectivos como encomiásticos. Se le escarnece y se le aprecia. Es tanto repugnante como atractivo. Se le rechaza por su proximidad a lo inmundo, por su afición a alimentarse de desperdicios y por su propensión a revolcarse con deleite en el barro. Pero se le estima por el agradable sabor de su carne, razón por la cual es plato obligatorio de fiestas y banquetes. En conexión con esa configuración y con motivos narrativos relacionados a creencias mágicas en distintas culturas es signo de riqueza, de alegría, de bienestar. En el mundo occidental las alcancías suelen tomar la figura del cerdo, bajo el presu-

puesto mágico de que por su gordura y aspecto bonachón atrae dinero. Todo ello se refuerza en “Los gallinazos sin pluma” mediante el apelativo “Pascual”, que se suele dar a chanchos en distintas partes de Latinoamérica y España, por su relación con las fiesta de Pascua.

El cerdo y los gallinazos se aproximan y se distancian desde el punto de vista del centro de referencia humano desde el cual se despliega la narración. Se acercan por la relación que mantienen con lo putrefacto: ambos se alimentan con materias orgánicas en descomposición, pero se alejan por su condición comestible. Los gallinazos no se comen, los cerdos sí. Los gallinazos son repetentes, pero los cerdos no, a pesar de su asociación con lo pútrido pasamos por alto esa vinculación por las delicias que nos brindan sus carnes.

Los gallinazos y el cerdo que se reúnen por su familiaridad con lo putrefacto, se separan con relación al contacto que establecen con el hombre. El gallinazo es animal que el hombre no consume y que rechaza categóricamente, de forma tajante, mientras que el cerdo es animal que el hombre consume con gusto.

Hay más: el porcino mantiene con los hombres una relación casera, es animal doméstico, criado en casa para ser comido; los gallinazos, en cambio, mantienen con el género humano una relación exterior. Son animales de un mundo alejado de la casa.

Los gallinazos no son categorizados como animales salvajes, pues lo salvaje no solo entraña una noción de extrañeza respecto a lo familiar, sino una noción de amenaza respecto del centro de referencia del género humano. Pero si por antonomasia el animal salvaje es fiero, por extensión es salvaje todo animal que no puede ser domesticado y que se mantiene libre. De acuerdo a este razonamiento, por tanto, los gallinazos son salvajes. El sentido común además nos sugiere ubicar a esas aves de carroña dentro de la categoría de lo salvaje si tenemos en cuenta su propensión a alimentarse de comida podrida; es más, de carne en descomposición, peor aun, de carne de cadáveres.

Pero, además de estas relaciones, definidas con respecto a la posición inmediata y corporal de los animales respecto al centro de referencia humano, encontramos otras relaciones que se establecen gracias a la mediación de un saber mítico. Son aquellas que vinculan a las aves y al mamífero con estados de ánimo y con valores sociales. Respecto a lo primero, el cerdo es percibido como un animal alegre y festivo, mientras que los gallinazos son tristes y sombríos. Y respecto a la segunda dimensión, el cerdo es visto como un animal conectado con la riqueza debido a su gordura, mientras que los magros gallinazos se vinculan con la pobreza. Así podemos establecer las siguientes proporciones:

1. Gallinazo : Cerdo :: Triste :: Festivo

2. Gallinazo : Cerdo :: Enjutez : Gordura :: Pobreza : Riqueza

2.2. Lo pútrido en el simbolismo de los “gallinazos” y el “cerdo”

Un párrafo aparte debe dedicarse al simbolismo de lo pútrido con relación a los dos animales emblemáticos que estamos definiendo. Los gallinazos son célebres por su preferencia por la carroña, por los alimentos más putrefactos y pestilentes. El cerdo, en cambio, es famoso por su voracidad, que lo hace capaz de tragarse de todo, sin hacer ninguna selección. Este animal, sin embargo, aparece en el relato como un ser que tiene una sensibilidad algo selectiva, tiene preferencia por “verduras ligeramente descompuestas”. Esta ligera sensibilidad selectiva lo hace marcadamente diferente de los gallinazos con respecto a sus hábitos alimentarios. Los gallinazos son adictos únicamente a materias orgánicas de origen animal extremadamente descompuestas, mientras que el cerdo puede escoger y privilegiar lo aun fresco.

La disposición extrema de los gallinazos por ingerir carne en descomposición lo hace aparecer como un actante distante del género humano, que repele esa materia. La preferencia que manifiesta el cerdo por lo vegetal lo hace aparecer, en cambio, como un actante cercano, menos repugnante por eso. Puede plantearse a partir de esto la siguiente proporción:

3. Gallinazos : Cerdos :: Putrefacción extrema y animal : Putrefacción intermedia y vegetal

La putrefacción es la descomposición o desintegración de la materia orgánica, acompañada generalmente de emanaciones de mal olor y que en su grado extremo lleva a lo amorfo e irreconocible. Se opone a lo fresco, que es estado de la materia orgánica, que aun no sufre la descomposición que altere su integridad. En estas definiciones encontramos que el eje de lo fresco y lo podrido, se correlaciona frecuentemente con el eje del olor. Con la oposición entre lo bienoliente y lo fétido. Y con las oposiciones de lo completo y lo fragmentado, y de lo morfo y amorfo.

Todas estas oposiciones pueden exponerse en la siguiente serie semi – simbólica:

4. Fresco : Podrido :: Bienoliente : Fétido :: Completo : Fragmentado :: Morfo : Amorfo

e incluirse dentro del siguiente cuadro:

	Gallinazos	Cerdo
Alimento	Carne putrefacta	Vegetales putrefactos
Olor	Bienoliente	Fétido
Totalidad corporal	Resto	Completo
Morfología	Morfo	Amorfo
Constitución	Enjutez	Gordura
Expresión económica	Pobreza	Riqueza
Cultura	Salvaje	Cultura
Estado de ánimo	Tristeza	Alegría
	Muerte	Vida

2.3. *El simbolismo social de los animales*

2.3.1. Los nombres

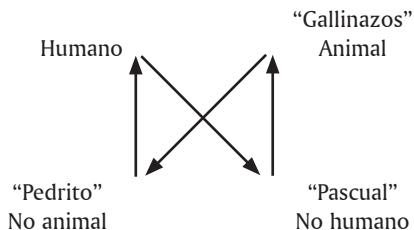
Los escenarios donde cada una de las especies animales habita se definen por la distancia que mantienen con relación al centro de referencia. Los más alejados de ese centro son los gallinazos. El más cercano, en cambio, es el perro, “Pedrito”, mascota de los actantes principales del relato, los niños encargados de recoger desperdicios para alimentar al cerdo “Pascual” que el abuelo cría con amor y ansiedad creciente para venderlo al mejor precio. Entre el perro no solo cercano, sino integrado en el mundo humano y los gallinazos se halla el cerdo, animal de corral que habita en casa de los seres humanos, pero que no es tan próximo a ellos como el canino.

El perro en esta distribución toma una condición casi humana, en oposición a los gallinazos definitivamente animales, mientras que el cerdo se coloca en una posición intermedia. Es animal doméstico y, por tanto, una presencia humanizada, pero separada del mundo humano en cuanto no se le permite una proximidad inmediata e íntima. El cerdo no recibe la confianza ni las muestras de cariño desinteresado que se le da al perro. Esa distancia marca su condición no humana. El perro, en cambio, por su proximidad al mundo humano, recibe una cualificación no animal. Curioso: al cerdo se le niega humanidad, mientras que al perro se le niega animalidad.

Ahora bien, tanto el perro como el cerdo son humanizados por el nombre propio que se les atribuye: “Pedrito” y “Pascual” respectivamente. Son nombres que, además de humanizarlos los individualizan. En oposición a los gallinazos, siempre designados en plural, marcándose de ese modo su ser colectivo. Con relación a los nombres propios, vale la pregunta acerca del significado dado a los animales en conexión a sus cualidades consideradas próximas o distantes de lo humano. Sin adentrarnos en su etimología ni en su historia, se sabe bien

que “Pedro” significa “piedra” y es el nombre del primer apóstol de Jesucristo, mientras que “Pascual”, evoca la fiesta de la Pascua. Estos significados nos dicen algo sobre la significación que estos nombres tienen en el relato, pero no lo suficiente, ni lo más importante³. “Pedro”, en diminutivo “Pedrito”, estaría indicando un rol básico y fundador. La ilusión de un principio, de una nueva vida. Mientras que “Pascual” indica con toda evidencia una propiedad festiva. Más significativa nos parece, sin embargo, la siguiente observación: “Pascual” es nombre que jamás se da a un “perro” y que parece estar reservada a los cerdos. Podría deberse al hecho de que es apropiado para un animal cuyas carnes y grasas se guardan para ser consumidas en una celebración especial. Asimismo “Pedro” es un nombre que difícilmente se aplica a los cerdos, aunque no es imposible. “Pedro” es un nombre que se otorga a los seres humanos o animales de un modo más flexible, y por razones diversas y fundamentalmente afectivas. Con esos nombres, entonces, se subraya la proximidad o la lejanía de los animales respecto de lo humano. “Pedrito” señala lo primero, “Pascual” lo segundo.

De acuerdo a la distancia que mantienen con lo humano, los animales pueden o no verse constituidos por cualidades humanas, lo cual es posible esquematizar de este modo valiéndonos del cuadrado semiótico:



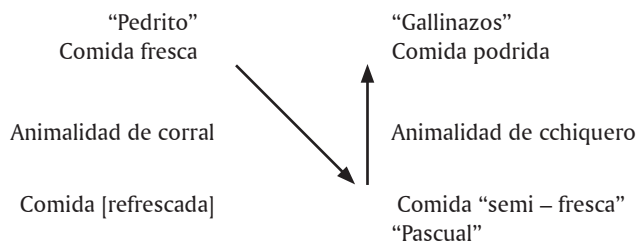
En lo antes dicho el esquema ya ha sido explicado, pero en él quedan explicitadas las posiciones de lo no animal y lo no humano. Lo no animal es la posición de una transición hacia lo humano, en tanto que lo no humano es una posición de separación y de transición hacia lo animal⁴.

2.3.2. Lo fresco y lo podrido

En la determinación de lo humano, los alimentos juegan un rol importante. Los humanos se caracterizan en el contexto del relato por el consumo de alimentos cocidos y frescos. Los animales, en cambio, por el consumo de alimentos crudos. El perro, sin embargo, por su cercanía al hombre también puede alimentarse de comida cocida o de restos de tal comida. Pero de acuerdo a las

características de su especie es animal que fundamentalmente se alimenta de carne cruda. El cerdo igualmente come alimentos cocidos, pero, siendo omnívoro, esos alimentos son parte de la totalidad heteróclita de lo que puede consumir y en ese horizonte no tiene pertinencia el hecho de que ingiera también alimentos cocidos. Sin embargo, lo heteróclito de su comida que aparece más bien similar a las mezclas de basureros y muladares donde predomina lo podrido, nos hace pensar que se halla asociado con lo podrido.

Los gallinazos definitivamente solo se alimentan de comida cruda y podrida. Lo crudo y lo podrido son rasgos pertinentes de su constitución sémica. Reteniendo solo las cualidades alimentarias, como acabamos de hacerlo con respecto a los gallinazos, diríamos que, en el caso del perro, lo pertinente es lo fresco, pero no lo cocido, mientras que, en el caso del cerdo, lo pertinente es lo podrido y no lo fresco. En el relato, sin embargo, se señala que “Pascual” específicamente tiene predilección, como ya lo hemos señalado, por “las verduras ligeramente descompuestas”. Este dato puede valer para entender que el cerdo se define por la determinación semántica de lo semi-fresco, si lo comparamos con el tipo de alimentos propio de los gallinazos. Con estos elementos podemos trazar el siguiente esquema:



El recorrido de lo fresco a lo podrido es, desde el punto de vista humano, el recorrido de una degradación. Lo podrido vale menos con relación a lo fresco, por motivos obvios de exponer. Los asumimos como de sentido común. Hay en todo caso consideraciones sensibles, que tienen que ver con el color, el sabor, la textura y el olor de los alimentos que no es el caso traer ahora a colación. Se trata de un recorrido lógico admisible plenamente por nuestra competencia lingüística y cultural. Difícil o imposible de aceptar, en cambio, es el recorrido inverso. Sería el recorrido de una ascensión. Lo podrido no puede devenir fresco, en cuanto asumimos al primer recorrido como irreversible en el mundo de la naturaleza. Lo podrido no se refresca para llegar a ser nuevamente fresco. Veremos, sin embargo, que puede tener lugar en el relato dicho recorrido, pero de una manera simbólica.

En el esquema situamos a la comida fresca y a la refrescada como propias de la cualidad de la animalidad de corral y a la comida podrida y semi-fresca como propias de la animalidad de chiquero. Esta categorización se relaciona con los escenarios a los cuales se asocian específicamente los actores animales de este relato y que es asunto que abordaremos más adelante.

2.3.3. Los roles familiares

Si vemos a continuación la relación que mantienen los animales con respecto a la familia protagonista del relato (formada por el abuelo, don Santos, los nietos, Efraín y Enrique, y el cerdo "Pascual"), en términos de los roles de pertenencia e inclusión que cumplen, podemos establecer lo siguiente, valiéndonos de la teoría de los múltiples de Alain Badiou⁵: el perro es animal que pertenece a la familia, pero no es parte de ella. Si bien es integrado al seno familiar por los nietos, no es aceptado por el abuelo. El cerdo en cambio, por voluntad del abuelo, pertenece y es parte de la familia. El perro y el cerdo viven en el corralón donde habita la familia humana, comparten con ella ese espacio social. El perro, sin embargo, participa de la intimidad de sus dueños, entra en sus habitaciones, trepa en sus camas, duerme con ellos o al lado de ellos, es tratado como un miembro más. Pero no cuenta para el abuelo en el reparto de los alimentos, principal criterio de inclusión, como lo vamos a ver, en el orden familiar instituido por el anciano. Este, en ese orden, cumple una función reguladora y, dicho con más precisión, legislativa. El cerdo, en cambio, aunque no participa de las relaciones de intimidad que el perro mantiene con la familia, pertenece a ella, cuenta en su seno como uno más y, al mismo tiempo, está incluido en su orden de repartición y clasificación, en la medida que recibe un trato privilegiado por parte del abuelo que determina que la familia se organice alrededor de su alimentación.

El cerdo, en consecuencia, es actante principal de la normalidad familiar, pues es en torno a la recepción de dones por parte de ese animal que la familia se define. Para el abuelo cebar al chanco, ya lo sabemos, significa que su costo de venta será más alto cuanto más gordura se logre. Alimentarlo es valorizarlo para ser intercambiado con creces, para recibir valores que excedan lo invertido. El abuelo opera sin duda como un empresario, que cifra en la gordura del cerdo sus esperanzas de obtener ganancias. Los nietos, por su parte, trabajan como operarios del objeto del abuelo, permitir que el porcino engorde a cambio de alimentación y seguridad.

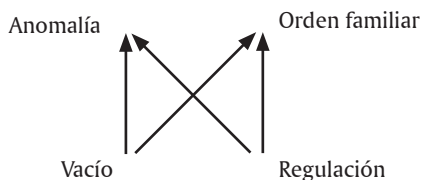
En esta situación encontramos que la posición de los gallinazos, el otro actante emblemático del relato, es la del que no pertenece ni es parte de la familia. La del que parece no contar en ningún sentido. Ocurre, sin embargo,

que el apelativo “gallinazos sin plumas” que se da a los nietos y a quienes como ellos recogen desperdicios cada mañana, en competencia con los carros de la baja policía, hace de los gallinazos seres que no perteneciendo, ni siendo parte de la familia, son actantes con los que puede establecerse relaciones de comparación: de identificación y de diferencia. Más adelante veremos que los gallinazos pertenecen a otro mundo paralelo y distinto del mundo propio de la familia con el que mantiene relaciones de exclusión.

2.3.3.4. El centro de referencia legal

Se habrá advertido que las definiciones que se vienen haciendo se realizan a partir de un centro de referencia que hemos respectivamente identificado como humano, en el primer caso, y como correspondiente al de la familia protagonista del relato en el segundo caso. Más adelante veremos que el primer centro de referencia se ubica en la instancia de enunciación, mientras que el segundo se ubica en la instancia del enunciado. Quedémonos en esta instancia por el momento. En el nivel de la familia humana –dejamos para otra sección la definición de la categoría de lo humano– el centro de referencia se organiza alrededor de la figura del abuelo, quintaesencia o representante principal de esa entidad social, en tanto cumple papel de señor, del que ejerce dominio, del que legisla. El abuelo es el centro de referencia legal de la familia, es el que la define, el que delimita su horizonte de pertenencia. Interesa precisar aquí que a partir de ese centro son considerados parte de la familia, los nietos y el cerdo, pero no el perro. Este es una anomalía, una presencia que rompe el orden, que no puede ser incluida, mientras que los gallinazos, los otros animales de la zoología del relato, no cuentan en ningún sentido.

El siguiente esquema puede servir para sintetizar y aclarar lo dicho:



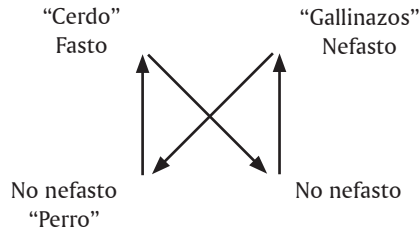
Una vez más precisamos que son parte del orden familiar el abuelo, los nietos y el cerdo. En ese orden, el perro aparece como una anomalía. Es una presencia en la familia, pero una presencia no aceptada. Los gallinazos, por su lado, forman parte de un orden inconsistente desde el punto de vista familiar, por lo cual se ubican en la posición del vacío, de aquello que no tiene orden, ningún principio que la regule. La regulación en este esquema debe entenderse

como la operación que niega la anomalía y presupone el orden. Tal operación en el universo familiar es desarrollada por el abuelo.

En el orden familiar, sin duda, el abuelo es el que domina y legisla, es el gran destinador de este orden. Este, sin embargo, se halla a su vez sometido a un dominio y a una legislación más importante y más poderosa. Es el dominio del mercado, que es el dominio de la ciudad voraz, que es mencionada al final del relato. En ese dominio, dentro de la familia, llega el momento en que el cerdo, cada vez más hambriento a medida que se le ceba, pasa a convertirse en amo, y entonces el orden familiar de llevar una carga semántica humana, pasa a llevar una carga semántica animal.

2.3.4. Lo fasto y lo nefasto

Los gallinazos parecen no tener lugar en el mundo de lo humano. Parecen ser extraños a él⁶. Pero no hay duda de que a la vez son seres familiares. Aparecen cerca al hombre, se los ve en lugares que este frecuenta. Son entonces familiarmente extraños, que es expresión de lo que Sigmund Freud llama lo siniestro y que algunos han vinculado con lo fantástico, aquello acerca de cuya racionalidad técnica o científica se duda⁷. Lo fantástico se opone a lo maravilloso, en cuanto con esta categoría se designa a seres y fenómenos cuyo sentido no tienen alguna explicación técnica, y se distingue de lo raro, que aunque es racionalmente desconcertante, sí puede explicarse⁸. Los gallinazos se presentarían de acuerdo a esta perspectiva como seres siniestros, que tanto se muestran cercanos y familiares a los hombres, como alejados y extraños a ellos. Tanto pertenecientes al mundo propio de lo humano, como a otro mundo. Esa configuración se ve reforzada por su vinculación con la carroña, con los desperdicios orgánicos de origen animal, que los conectan con la muerte y los sitúan por tal razón entre la vida y la muerte, entre el acá de este mundo y el allá de otro mundo. Los gallinazos adquieren de esa manera una significación nefasta, lo que los coloca en oposición al chanco que presenta una significación relacionada con lo fasto. Los gallinazos anuncian lo funesto, lo luctuoso, mientras que el cerdo es símbolo de lo dichoso, de lo alegre. Respecto de los gallinazos y el cerdo, el perro ocupa una posición intermedia. Su ubicación corresponde a aquella donde ocurre la negación de lo nefasto y donde tiene lugar la presuposición de lo fasto, como puede verse en el siguiente cuadrado semiótico, aunque llega a ser un actante casi fasto. El perro, en efecto, no es animal de fastos, relacionado a fiestas, a celebraciones. Es un conviviente amable y afectuoso, un compañero de trabajo, pero raramente un actante de fiestas y jolgorios. Respecto de las glorias con que se asocia el cerdo, por las delicias de su carne, el perro se asocia con lo humilde.



Pero el ordenamiento de las posiciones que ocupan los animales respecto de lo humano presenta otra disposición si advertimos que el perro, “Pedrito”, es un animalito “escuálido y medio sarnoso” que ha sido hallado por uno de los nietos en el vertedero, y que se destaca porque “conoce bien el muladar y tiene buena nariz para la basura”. Se trata, por tanto, de un actante que se aproxima y hasta se sitúa en la misma posición de los gallinazos. No sólo porque frecuenta el sumidero para buscar alimentos, sino porque tiene las mismas aptitudes que las aves carroñeras. Como ellas, el perrito es diestro en escarbar entre las inmundicias. Por esa razón, aunque se relaciona estrechamente con seres humanos, al mismo tiempo se emparenta con las aves rapaces. El perro, por tanto, si bien es un animal que se humaniza, a la vez es un ser animal, en grado extremo. Pero de ninguna manera el perro se relaciona con lo nefasto. El perro, al contrario, niega ese estado.

2.3.5. Humanización de lo animal, animalización de lo humano

En un sentido inverso a la humanización de los animales en “Los gallinazos sin plumas” los humanos también se animalizan. El título del relato muestra tal conversión. Mediante él se asemeja los actantes humanos con los actantes rapaces. En ese sentido, los nietos obligados por el abuelo a recoger restos de basura se tornan seres no solo comparables o análogos a los gallinazos, sino que se vuelven rapaces. Son “gallinazos sin plumas”. La identificación es completa cuando, acuciados por el ansioso abuelo para recolectar más desperdicios para su cada vez más hambriento cerdo, acuden al muladar, que es el territorio propio de los gallinazos. Pasan entonces a formar parte “de la extraña fauna de esos lugares”, donde “los gallinazos acostumbrados a su presencia laboraban a su lado, graznando, aleteando, escarbando con sus picos amarillos, (...) [y que parecen ayudarlos] a descubrir la pista de la preciosa suciedad”. Los niños se hacen gallinazos, pero nótese que, a la vez, estos aparecen como laboriosos ayudantes de su búsqueda. Hay que destacar en este momento que, desde el punto de vista del enunciador–observador los gallinazos son animales que *laboran*, actividad que los marca respecto del cerdo. Para vivir y sobrevivir, los

gallinazos *tienen que trabajar*, el cerdo en cambio es un ser cuya vida y supervivencia no depende de él mismo. Para alimentarse requiere de otros. Es en ese sentido un *actante inepto* y, es más, *ocioso*. Pero, a la vez, es un animal exigente con aquellos que lo atienden y proveen. Cuando no se le da lo que necesita, gruñe y ruge con una intensidad que llega a ser ensordecedora en una determinada fase. En cuanto a los gallinazos son animales que se proveen de comida por sí mismos y lucen como una presencia laboriosa, no solo semejante a los nietos, sino capaz de proporcionar ayuda en la búsqueda de la “preciosa suciedad” que alimenta al chanco aparecen, en consecuencia, como una presencia teñida de contenidos humanos.

El cerdo se presenta así como un ser *privilegiado* al que debe brindársele sustento, mientras que los gallinazos son seres *desafortunados* que se mantienen por sí mismos. Bajo esta consideración, los gallinazos y los nietos, calificados de “gallinazos”, aparecen en una posición subordinada, contraria a la del cerdo que ocupa una posición dominante. Esta es, por supuesto, una posición que resulta de su proximidad afectiva con el abuelo, que es quien ocupa el lugar del actante con más poder en la esfera doméstica. El es el señor que domina en la casa, como ya hemos visto.

En estas relaciones de dominio y subordinación, de privilegio y de infortunio, los gallinazos y el cerdo se humanizan. Se muestran en roles que corresponden a clases sociales. Los gallinazos son trabajadores; el cerdo, en oposición, es un privilegiado para quien se trabaja. Es interesante notar que los nietos, en esta configuración, son como los gallinazos trabajadores que se ganan el sustento con el sudor de su frente.

El siguiente esquema registra los principales rasgos sociales que distinguen a los gallinazos del cerdo. Nótese que los rasgos de las aves rapaces también caracterizan a los nietos.

	Gallinazos	Cerdo
Actividad	Laboriosidad	Ociosidad
Autonomía	Independencia	Dependencia
Dominio	Sumisión	Dominación
Prerrogativa	Infortunio	Privilegio
Clase social	Trabajadores	Amos

Ha de observarse a continuación que, en esta configuración, el perro cumple un papel similar al de los gallinazos. Como ellos, el perro desarrolla actividades que le permiten sobrevivir. Recordemos que “Pedrito” ha adquirido habilidades especiales para escavar y descubrir desperdicios valiosos en medio del muladar.

2.3.6. El cambio social

El perro en “Los gallinazos sin plumas” es un animal de origen carroñero, que se humaniza cuando va a vivir a la casa donde habitan el abuelo, los nietos y el cerdo, pero al mismo tiempo, los nietos son ellos mismos carroñeros por obligación, servidores del cerdo que va a terminar tragándose todo cuanto le puedan dar.

El cerdo, por su parte, si bien se presenta también como animal que acaba alimentándose de carroña, comienza siendo un animal al que se da lo que él prefiere. En este caso se desarrolla un proceso. Al principio come desperdicios seleccionados por los nietos (ellos hacen una “rigurosa selección” de los tarros de basura), aunque come cualquier cosa: “En el fondo del chiquero, Pascual recibe cualquier cosa y tiene predilección por las verduras ligeramente descompuestas”. Al final se convierte en un ser voraz casi monstruoso que se traga todo, incluso al perro y al abuelo, los actantes extremos de la esfera familiar. En esta situación configurativa, el cerdo pasa a ocupar la posición de lo inclasificable, de lo anómalo, que en el desarrollo del relato ocupan los gallinazos. Pierde su condición doméstica y deja de pertenecer al ámbito de lo humano. Al engordar se convierte en “una especie de monstruo insaciable” y luego definitivamente pasa a convertirse en un ser impresentable y amenazador, cuyos “gruñidos mortificaban a los vecinos a una cuadra a la redonda”.

Hay que notar que los rasgos que distinguen al cerdo cuando se intensifican y extienden hacen de él una “especie de monstruo”. Antes, mientras tanto, el cerdo solo ocupa una posición más importante que los otros actantes. Una posición central. Cuando se convierte en monstruo, el porcino, y con él el abuelo que se identifica con su voracidad feroz, pasa a una posición que escapa a las clasificaciones de lo humano y lo animal. Todos los demás seres, en cambio, pasan a situarse en el campo de lo animal. Uno de los nietos, después de haber arrojado al abuelo al chiquero donde el cerdo chilla, cada vez más gordo y más hambriento, apura al otro, que yace enfermo, para huir de la casa: “¡Pronto! – exclamó Enrique, precipitándose sobre su hermano - ¡Pronto, Efraín! ¡El viejo ha caído en el chiquero! ¡Debemos irnos de acá!” Y respondiendo a la pregunta del segundo acerca del destino de la ayuda dice: “¡A dónde sea, al muladar, donde podamos comer algo, donde los gallinazos!”. Los nietos completan de esa manera un recorrido que comienza en el momento en que aparecen en una posición similar a los gallinazos. Al término de ese recorrido los nietos se ubican en el mismo lugar de las carroñeras, con todas sus implicancias semánticas.

En síntesis, vemos que en el desarrollo del relato el cerdo sigue el siguiente recorrido semántico: Animal → Humano → Monstruo, mientras que los nietos siguen, por su lado, el siguiente recorrido: Humano → No Humano → Animal carroñero, los cuales son recorridos no canónicos. Un recorrido canónico presentaría la lógica del cuadrado que a continuación consignamos:

ha construido. Uno puede pensar que tal vez solo existan allí rústicas o muy precarias viviendas, hechas de ramas, esteras, restos de madera y cartón. En la tercera zona se ubica, por fin, el muladar, donde se vierten los restos de basura procedentes de la ciudad. Este es un lugar fronterizo, marca el límite donde acaba la ciudad y donde comienza el afuera abierto donde se extiende el mar, lo otro desconocido, infinito, incontable.

El muladar no es solo una frontera geográfica, también es frontera material. Es lugar de mezclas donde se reúne lo inmundo, lo podrido, lo inservible. Allí se junta todo tipo de restos, todo tipo de materia, que se pudre y apesta. En oposición a esta frontera podemos encontrar otra: aquella donde reina la limpieza, lo fresco, lo completo y lo selecto, que se ubica espacialmente en las casas y, sobre todo, en las mansiones de la gente rica.

Hay que destacar, sin embargo, que las mansiones y las casas comunes son centros de recolección selectiva de mercancías, entre las que figuran especialmente, en la lógica local que el cerdo y el abuelo rigen, los alimentos y los objetos orgánicos. Pero a la vez de centros de recolección las residencias son centros de producción de basura, que, en última instancia, va a dar a los muladares donde los objetos terminan su proceso de descomposición. Por tanto, los lugares en que se concentra lo seleccionado son también los lugares en los que se produce lo mezclado. Los lugares a donde llegan los objetos orgánicos e inorgánicos íntegros y completos son asimismo los lugares de donde salen los desperdicios, los restos, los excedentes inservibles, que sirven para engordar al cerdo, cuya sabrosa carne podría ser potaje ofrecido en la mesa de los ricos propietarios de las mansiones. De esa manera se traza un círculo: lo que sale como desperdicio de las “casas elegantes” luego puede volver a ellas transformado en alimento, para salir nuevamente convertido en desperdicio. De allí surge la impresión de que los extremos espaciales que parecían excluyentes se vean como territorios de una misma circunscripción. Cierto, sin embargo, las fronteras cumplen una función delimitadora y separadora. Cierto que ellas distinguen lo propio de lo ajeno, lo familiar de lo extraño, el aquí del allá a partir del centro de referencia humano. Pero, a la vez, esas fronteras se aproximan y se diluyen en un mismo flujo circular.

Los actantes animales y los humanos en “Los gallinazos sin plumas” se definen principalmente por las relaciones que mantienen con el muladar. Los “gallinazos” humanos y animales, que buscan carroña y desperdicios. Pero también el cerdo, que se alimenta de restos que proceden del vertedero, y el perro que es encontrado por uno de los nietos mientras rebusca comida entre la inmundicia. El mismo abuelo, interesado en que se busque allí alimentos para su chanchito. Y más allá, toda la ciudad, de modo que ese lugar oscuro y pestilente que es el muladar se presenta como un efectivo centro del espacio urbano.

2.4.1. Basura y muladar

Es de interés atender al hecho de que, antes de acudir al muladar, los nietos recogen restos de comida para el cerdo de los cubos de basura que la baja policía recolecta: “Un cubo de basura es siempre una caja de sorpresas. Se encuentran latas de sardinas, zapatos viejos, pedazos de pan, pericotes muertos, algodones inmundos (...) restos de comida (...) verduras ligeramente descompuestas (...) tomates podridos, pedazos de sebo, extrañas salsas que no figuran en ningún manual de comida”. Se trata de un conjunto heteróclito en que se mezclan toda clase de objetos, toda clase de restos inservibles, tanto orgánicos como inorgánicos. En ellos, sin embargo, es posible encontrar restos valiosos: “la preciosa suciedad” que en el caso de los nietos del relato deben recoger para alimentar a “Pascual” y restos que para ellos son apreciables: “un día Efraín encontró unos tirantes con los que fabricó una honda. Otra vez una pera casi intacta que devoró en el acto. Enrique (...) tiene suerte con las cajitas de remedios, los pomos brillantes, las escobillas de dientes usadas y otras cosas semejantes que colecciona con avidez”.

Un “cubo de basura” muestra los usos de la gente, sus prácticas sociales, sus formas de vida, y es también lugar de selecciones, que indican estrategias y formas de vida. Allí hay materiales para el cazador o el luchador (que encuentra medios para hacer una honda) y el coleccionista (que conserva “cajitas de remedios”, “pomos brillantes”, etc.). Lo mismo hay, por supuesto, materia prima para alimentar a un cerdo, la que resulta de “una rigurosa selección”, cuando todavía el cerdo no reclama ansioso que se le dé más comida. Un “cubo de basura” es, a pesar de todo, lugar de cribas y purificaciones.

En un muladar, en cambio, las cosas cambian. Visto de lejos, forma “una especie de acantilado oscuro y humeante, donde los gallinazos y los perros se desplazan como hormigas”. No tiene contornos definidos y humea a causa del extremo grado de descomposición del detritus. Aparece asimismo como un escenario donde las especies animales se confunden. Los gallinazos y los perros se ven igual, como hormigas. Pero es interesante anotar que sean percibidos como análogos a esos insectos himenópteros, de reputada laboriosidad. El muladar aparece así como un lugar donde seres animados, animales y hombres, se asemejan por su concentración en trabajosas búsquedas y recolecciones, que indican que allí se realizan operaciones de selección. El vertedero confuso desde lejos se presenta por tanto como un sitio en el que los seres se uniformizan en el trabajo.

De cerca, por otro lado, el muladar emana “un olor nauseabundo que (...) [penetra] hasta los pulmones”. Allí los nietos hunden los pies “en un alto de plumas, de excrementos, de materias descompuestas o quemadas” y para explorar ese material entierran las manos entre las inmundicias. “A veces, bajo un

periódico amarillento, descubrían una carroña devorada a medias. En los acantilados próximos los gallinazos espiaban impacientes y algunos se acercaban saltando de piedra en piedra, como si quisieran acorralarlos”. El muladar se define por su pestilencia, invasora del cuerpo, y que tiende a expulsarlo de sí. Es presencia de un mundo que no podría ser integrado en el mundo propio. Por otro lado, es conjunción que reúne todo lo abyecto, que es todo lo inservible, lo que no tiene lugar en la ciudad. Por último, es materia muerta, hecha tierra.

Los actantes del muladar son, por eso, aquellos que en cierta forma se entierran en él, exploradores que buscan restos que para ellos mismos no tienen valor, aunque para otros son valiosa inmundicia. Específicamente para el cerdo y para el abuelo, que forman una unidad actancial, opuesta a la unidad que forman los nietos. Fijémonos que lo que se hace tierra es lo cadavérico, lo que ha muerto o lo que está muriendo. El verbo enterrar, por otra parte, si bien indica literalmente poner bajo tierra y en el relato meter los pies en ella, también significa dar sepultura a un cadáver. Se puede constatar entonces que la tierra se asocia con la muerte. Los nietos que entierran sus pies en el muladar se vinculan por esa razón con la muerte.

Si la tierra se asocia con la muerte y, por consiguiente, también el muladar, que es un montículo de tierra maloliente, se asocia con ella, ¿qué decir de la basura? Los cubos de basura despiertan sorpresa y admiración, lo que se encuentra en ellos es de mirar y, por tanto, de desear. Los objetos que aparecen allí hacen falta. Tienen algún sentido, sirven para algo. Un cubo de basura está por eso relacionado con la vida. Cabe preguntar a continuación, ¿cuál es el elemento natural básico con el que se conecta simbólicamente? Nos parece que es lo aéreo, pues los objetos del basurero son susceptibles de recogerse, de levantarse, de moverse hacia arriba. Esa es, sin embargo, una propiedad dependiente de los actantes que toman los objetos en sus manos, de los que los mueven hacia sí, no una propiedad de los mismos objetos. Los objetos se hacen más bien aéreos porque son elevados. Sea lo que fuera, no se convierten en tierra o no pueden reducirse a polvo⁹. Aunque esta argumentación no sea del todo precisa, arriesgamos, sin embargo, la postulación de una asociación del basurero con el aire y con la vida¹⁰. De modo que puede establecerse la siguiente correlación semi-simbólica:

Cubo de basura : Muladar :: Aire : Tierra :: Vida : Muerte

Hay una consideración adicional que puede ser hecha a favor de la relación “cubo de basura” : aire. El elemento aire es materia gaseosa necesaria para la vida, pero es también medio a través del cual circulan otros gases más fuertes o más débiles, que desprenden aromas acariciantes o pestilencia hiriente. A pesar de esta última generalización, el aire es principalmente elemento indispensable para vivir. Que sea también medio en el que se desliza lo hediondo no anula su

propiedad más importante. De todas maneras, por el aire se transportan olores asquerosos, cuyo desplazamiento y magnitud expansiva puede facilitar (y, claro está, también obstaculizar), pero su condición de elemento necesario para la vida no queda nunca subordinado. Aun el aire contaminado da vida.

Hemos más que rozado el tema de las figuras olfativas y le debemos otorgar unas cuantas líneas, aunque es constatable que la presencia de las cualidades olfativas es limitada en el relato. Lo más saltante es el “olor nauseabundo” del muladar. Ese olor que llega hasta los pulmones, que toca y hiere a los nietos, que penetra el cuerpo propio y llega agresivamente a la carne, al centro sensible de donde nace la significación¹¹. En oposición a tal olor violento, debería expandirse desde los “cubos de basura” un aroma atractivo y pacificador. No se produce, sin embargo, esa difusión. Hemos visto que la fuente de lo pestilente es el muladar en la lógica del texto, la fuente de lo perfumado deberían ser los “cubos de basura”. Este actante, sin embargo, no cumple dicho rol. En cambio, es una fuente inodora, en cuanto no desprende ningún calificativo odorante específico. Habría que decir de paso que lo aromático es emanación propia de lugares lejanos respecto a aquellos que frecuentan los nietos. Puede suponerse que sea emanación familiar de las “casas elegantes”. La basura para los niños, blanco de sus posibles irradiaciones olientes, no parece brindar por tanto algún olor, por eso en el orden simbólico general del relato lo pestilente y lo inodoro se correlacionarían con el par tierra–aire y con la oposición muerte y vida.

Pestilente : Inodoro :: Tierra : Aire :: Muerte : Vida

Una última consideración: lo inodoro y el aire se relacionan en diversos contextos discursivos con lo transparente, con lo limpio y con lo puro y, en consecuencia, con lo celeste (de celestial). En oposición, la pestilencia y la tierra en este relato y en otros contextos discursivos se vinculan también con lo oscuro, lo sucio, lo impuro, lo mezclado y, en simetría con lo celeste, con lo terrestre e infernal.

2.5. Escenarios temporales del vivir cotidiano

Los momentos en que transcurre el relato se hallan definidos a partir de una frontera temporal figurativizada por el lexema “la hora celeste”¹², cuyo importante rol significativo en la obra de Julio Ramón Ribeyro fue destacado hace casi treinta años por Luis Fernando Vidal¹³. Es la hora en que se realiza el arrojado y la recolección de desperdicios. Entre el fin de la noche y el comienzo del día, cuando terminan las horas de descanso y empieza la jornada diurna de trabajo.

“A las seis de la mañana la ciudad se levanta de puntillas y comienza a dar sus primeros pasos. Una fina niebla disuelve el perfil de los objetos y crea como una atmósfera encantada. Las personas que recorren la ciudad a

esta hora parece que están hechas de otra sustancia, que pertenecen a un orden fantasmal. Las beatas se arrastran penosamente hasta desaparecer en los pórticos de las iglesias. Los noctámbulos, macerados por la noche, regresan a sus casas envueltos en sus bufandas y en su melancolía. Los basureros inician por la avenida Pardo su paseo siniestro, armados de escobas y de carretas. A esta hora se ve también obreros caminando hacia el tranvía, policías bostezando contra los árboles, canillitas morados de frío, sirvientas sacando los cubos de basura. A esta hora, por último, como una especie de misteriosa consigna, aparecen los gallinazos sin plumas”.

La visión de la ciudad en este fragmento es del orden del parecer y no del ser. Las impresiones del observador no se ofrecen como efectivamente existentes, sino como percepciones fenoménicas, que resultan del contacto inmediato con los objetos y las cosas, y como efecto de lo que ellas muestran. Lo que se ve pertenece a otro mundo encantado y fantasmal, distinto del propio. Un mundo situado entre lo muerto y lo vivo, en la esfera incierta de lo sobreviviente y lo desaparecido, de lo que se esfuma y lo que vuelve a aparecer. Un mundo intermedio que corresponde lo fantástico. Aquí conviene anotar, siguiendo a Eric Landowski, que lo fantástico niega la rutina y puede implicar lo caótico¹⁴. Lo fantástico corta la sucesión de lo mismo, de lo que se repite, e introduce la no continuidad de lo nuevo y distinto, pero también anuncia la posibilidad de la fragmentación de lo discontinuo, de lo desencadenado, que atañe en el nivel de lo epistémico a aquello que no se puede prever o que escapa a las anticipaciones.

En el universo de lo fantástico se juntan seres que pertenecen y no pertenecen al mundo de la madrugada. Son individuos de paso: los noctámbulos, cuya configuración es coherente con la noche y con los espacios cerrados de los bares, mientras las beatas son actantes que se instalan en el espacio también cerrado y oscuro de las iglesias. Unos y otros son actantes que transitan por un mundo (las calles y avenidas) en el que se hallan fuera de lugar. Su parecer desdibujado y espectral tiene que ver con esa anomalía.

Hay otros seres que sí, en cambio, pertenecen al mundo de la madrugada. Y en cuanto son pertenecientes a él, no pertenecen por tanto a otros mundos. Ni a la esfera temporal de la noche, ni a la esfera temporal del día. Son los que se empeñan en luchar contra la basura (“los basureros”) y los que están obligados a hurgar entre los desperdicios (“los gallinazos sin plumas”).

Los recogedores de desperdicios son descritos de este modo:

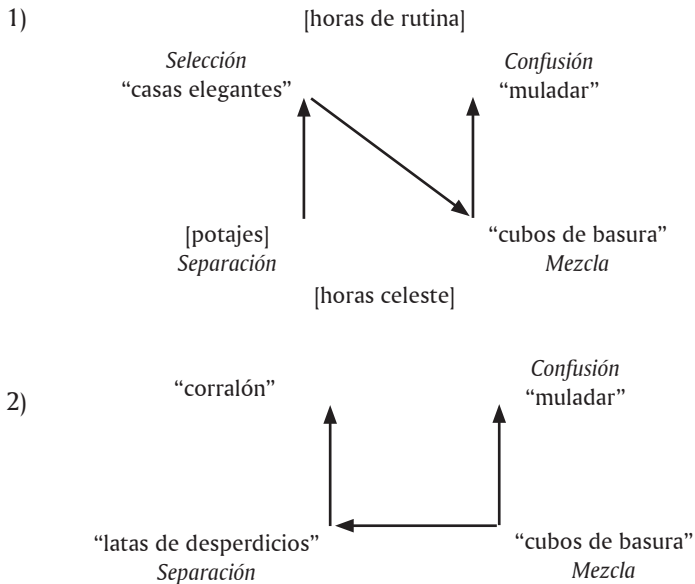
“Unos portan latas, otros cajas de cartón, a veces solo basta un periódico viejo. Sin conocerse forman una especie de organización clandestina que tiene repartida toda la ciudad. Los hay que merodean por edificios públicos, otros han elegido los parques y los muladares. Hasta los perros han adquirido sus hábitos, sus itinerarios, sabiamente aleccionados por la miseria”

Como los otros actantes de la madrugada estos parecen también seres de paso; los distingue, sin embargo, el hecho de que los primeros no desarrollan labor específica. Van a iniciarla recién o la han terminado. Estos, en cambio, son actantes laboriosos, que tienen un programa de trabajo, que están regidos por ciertos hábitos y rutinas. Con respecto a este punto es de destacar que, aunque la atmósfera de la madrugada es fantástica, y los personajes se muestren espectrales y siniestros, los “gallinazos sin plumas” y los animales que los acompañan en su ruta se muestren, en cambio, como personajes empeñados en realizar un trabajo, y se ubiquen en tal medida en la dirección que lleva a las rutinas laborales del día. Lo fantástico, en consecuencia, se combina con hábitos que van tornándose normales. Así que lo marcado por lo incierto y lo transitorio se combina con lo cierto y lo permanente.

Ahora bien, esa zona indeterminada es justamente el escenario donde los deshechos se convierten en objetos preciosos, donde la basura pasa a ser materia prima con que se alimenta cerdos que serán después potajes, objeto final para cuya producción se engorda a los porcinos.

Los potajes pertenecen al mundo de lo normal, de lo rutinario, lo mismo que las materias primas de las que son hechos; pero la materia prima con la que se alimenta a los animales, que es materia prima de los potajes, es, en cambio, parte del mundo de lo fantástico, de esa zona indeterminada de la vida y la muerte.

De lo dicho se pueden desprender los siguientes cuadros semióticos:

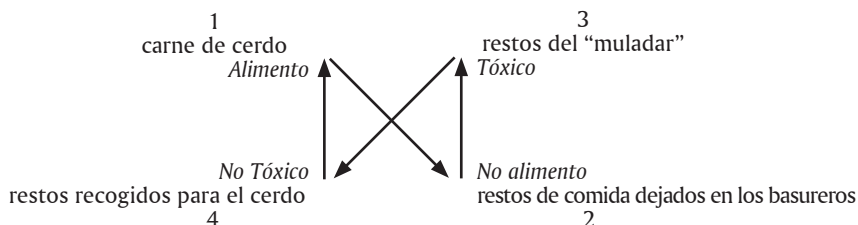


El primer cuadrado presenta un recorrido canónico que muestra el trayecto de los desperdicios, desde las “casas elegantes” hasta el “muladar”, que es el recorrido hacia el caos y el vacío. Por su parte, el segundo cuadrado ofrece un recorrido prohibido que dibuja un desplazamiento que, partiendo de los “cubos de basura”, pasando por las “latas” y “cajones” en los que se recogen los desperdicios, termina en el chiquero del chanco que, como el muladar, es un lugar donde todo se confunde. El primer recorrido es parte de lo legalmente permitido e integra el mundo natural o normal que se configura en el relato. El segundo recorrido es en cambio un recorrido prohibido, ilegal. No está permitido recoger restos de basura para luego alimentar cerdos. Esa es una acción ilegal. No está permitido recoger ningún resto de basura para ningún propósito. Las acciones ilegales de los niños son vistas y deben realizarse como acciones cubiertas de un barniz clandestino.

Pero los desperdicios tienen un tercer recorrido que engloba al anterior. Es el recorrido que va de las “casas elegantes”, pasa por el “corralón” y, por fin, puede terminar en las “casas elegantes”. Es un recorrido aparentemente legal, pero dentro del cual se halla encajado el recorrido ilegal que va de los cubos de basura que salen de las “casas elegantes”, pasa por la lata de desperdicios seleccionados, sigue en el corralón, donde el cerdo consume los restos, y puede terminar otra vez en las “casas elegantes”.

Casas elegantes → cubos de basura [+ hora celeste +] latas de desperdicios → Corralón → Casas elegantes. El recorrido por la “hora celeste” introduce en el circuito de lo mágico, donde los desperdicios pueden metamorfosearse en objetos completos y susceptibles de algún uso.

Hay, finalmente, un último recorrido, que es el más prohibido. Comienza en el muladar, pasa por el corralón y puede terminar en las casas elegantes, tras haber pasado por la carnicería. El escenario de la carnicería aparece indicado en la presencia del carnicero, interesado en comprar al cerdo. Es “un hombre gordo que tenía las manos manchadas de sangre”. Es el recorrido más prohibido porque el engorde del cerdo se hace con la materia más putrefacta, con lo considerado tóxico o presumiblemente venenoso. Cabe para ampliar el tema hacer el siguiente esquema:



En este esquema se observa un aspecto de la formación de los muladares con los sobrantes de la comida (1 → 2 → 3). Y observamos el recorrido inverso (3 → 4 → 1), perfectamente posible, de formación del alimento porcino con restos que podrían ser del muladar, que es posibilidad que se realiza perfectamente en el relato.

El segundo recorrido, siendo lógicamente admisible, no lo es socialmente. En el nivel social es un recorrido prohibido. No es aceptable alimentar a los cerdos, que van a ser beneficiados en carnicerías y camales, con alimentación infectada de bacterias nocivas. Pero este segundo recorrido también reafirma que el cerdo es capaz de una ingesta completamente indiscriminada con tal de saciar su descomunal apetito. Asimismo, muestra que su realización es consecuencia de la actuación anéctica del abuelo, quien no se responsabiliza por los efectos que sus actos puedan suscitar en el otro.

2.6. Una nueva vista de los cubos de basura y el muladar

Bajo las consideraciones antes expuestas no es difícil ver que entre el cubo de basura y el muladar hay una distancia que tiene un recorrido que muestra una tendencia degradante y decadente. Si en los recipientes de basura se descubren objetos “casi intactos”, cuya integridad los hace brillar, en el muladar, en cambio, los objetos desaparecen y se tornan materia informe y oscura. Los objetos de la basura muestran aun los contornos de su ser único, pero acoplable, en categorías más grandes y envolventes; los objetos del muladar se han desintegrado y ya no encajan en ningún orden ni clasificación. Se han convertido en materia vacua que no despierta la atención de los seres humanos, excepto si quedan “acorralados” por los gallinazos y por el deber, por un querer que procede de un actante capaz de manipular, de intervenir sobre la voluntad de otros¹⁵.

Los objetos de la basura integran la configuración del paisaje temporal de la “hora celeste”, quedan envueltos por su atmósfera (por su aroma y su frescor) y entran, por consiguiente, en la categoría de lo fantástico, de lo inasible. El muladar se asocia, en cambio, con la negación del tiempo, mejor aún, con un fuera de tiempo. Fuera del campo del tiempo: una materia que permanece sin cambiar. El muladar es una presencia que no tiene duración, aunque crezca o disminuya. Es asimismo una presencia que ocupa un lugar que tampoco es un lugar. Es una excepción fronteriza que, sin embargo, hace posible los lugares. Una oscuridad informe que permite el esplendor de las formas. De otra manera, la basura es un objeto sin lugar permanente, aunque ocupa algún lugar de modo transitorio.

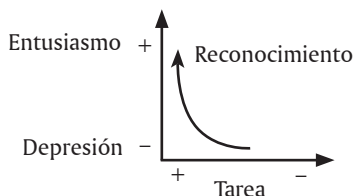
3. Reconocimiento y humillación

La fase en que los nietos recolectan restos de los cubos de basura es afectivamente eufórica para ellos. Cumplen un deber, pero también realizan deseos. Encuentran en los basureros objetos sorprendentes, agradables y útiles. La fase, en cambio, en que recogen desperdicios en el muladar es crecientemente disfórica. Ambas fases presentan variaciones distintas de intensidad y de extensión. En las dos ocurre primero una ascendencia tensiva: recogen cada vez más desperdicios, lo que les vale el reconocimiento del abuelo, traducido en elogios a su capacidad y en comida cocida y fresca.

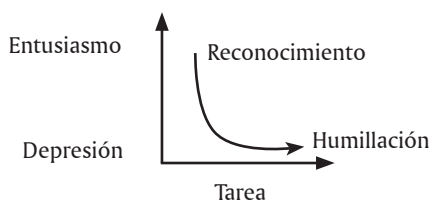
Luego, se produce una declinación: lo que recogen *no es suficiente* para satisfacer el hambre del cerdo, que crece a medida que engorda. Es decir, llega el momento en que la totalidad de lo que recolectan no alcanza nunca la medida de lo necesario. La producción de su trabajo resulta entonces siempre menor de lo indispensable. Pero hay que apuntar aquí que lo necesario con exactitud no tiene medida, es algo que se hace infinito. Es cierto, sin embargo, que el hambre del cerdo, que es la escala con que establece la medida de la recolección, tiene un límite: el límite que lo haga vendible para obtener una máxima ganancia, no obstante que ese es un límite que, mientras no se alcanza, es inculcable. No se tiene de él una perspectiva definida y finita.

Bajo estas condiciones, la recolección suficiente se va haciendo una tarea imposible, aunque los nietos se esfuerzan más. La tensión crece, por tanto, de manera decadente. La tarea se torna cada vez más penosa. En el muladar, desde el comienzo es ingrata y agresiva. Incluso uno de los niños se hiere en un pie y queda postrado con una infección, mientras que el otro pesca una gripe. Las acciones que se desarrollan en el muladar llevan el signo de la depresión. De ninguna manera lo que hacen allí es grato. Ello contrasta respecto a lo que hacen cuando recogen desperdicios en los cubos de basura. En tal situación la recolección es alegre, a pesar de que la tarea comporta suspenso. No tienen dominio completo sobre las circunstancias. Compiten con otros recolectores, se cuidan de los policías municipales, de las empleadas domésticas, tienen que apresurarse para no ser ganados por los carros de la baja policía. Su faena puede no ser coronada por el éxito, pero la actividad es agradable, eufórica. Hay entusiasmo, hay sorpresa.

En el escenario de las avenidas y calles donde los nietos recolectan desperdicios la tarea tiene, por tanto, una tensividad ascendente. Aumenta la euforia y la recogida es importante, lo que da lugar al reconocimiento.



En el escenario del muladar la tensividad, por el contrario, es decadente; aunque la recolección sea importante no hay euforia, lo que da lugar a la humillación.



En el primer escenario, representado por “la avenida Pardo”, que constituye por antonomasia la de un barrio de gente adinerada en el universo de Lima de los años cincuenta, años en los que parece desarrollarse la narración, el ascenso a una posición de reconocimiento no tiene como punto de arranque una posición de humillación. En el segundo escenario, el descenso a la posición de humillación se inicia, en cambio, a partir del reconocimiento. Se quita a los actantes lo que se les daba. Interesa precisar a continuación que el reconocimiento es sanción que surge de los nietos: es reconocimiento de sí, como seres o actantes satisfechos con respecto a lo que hacen y que, como ya se apuntó, es asimismo sanción que nace del abuelo y que se expresa en ensalzamientos a la capacidad productiva de los pequeños y mediante la comida que les ofrece.

Una observación que puede no resultar ociosa es la que atañe al hecho de que en el muladar también es posible que la tarea resulte bien cumplida y que por ello los niños reciban reconocimiento. Pero es indispensable anotar que en ese escenario, a pesar de todo, la tensión hacia la humillación es la tónica englobante.

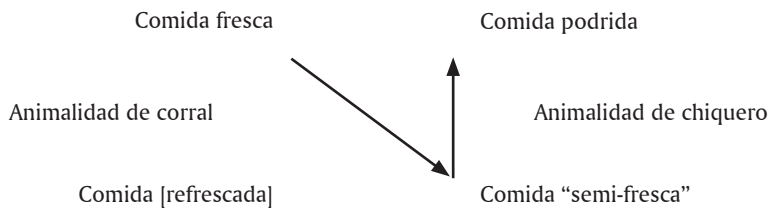
4. Dominio y sumisión

Hay que considerar a continuación el tipo de relación que se establece entre el abuelo y sus nietos. Esta debería ser una relación filial afectuosa, amorosa, de acuerdo a los criterios y valores ideales de la cultura limeña en la que

se inscribe. Pero antes que presentarse en esos términos, muestra más bien las características de una relación laboral. El abuelo actúa como patrono de sus nietos, mientras estos son peones de aquel. Los nietos a toda vista están obligados a ganarse el pan y el techo. El abuelo, por su parte, se ve en el papel de un actante capaz de exigir a sus nietos el cumplimiento de tareas difíciles, de la misma manera que un patrón con respecto a sus operarios. De facto, puede plantearse que en el universo del relato ocurra una declinación degradante en el desplazamiento de la relación filial de la esfera de lo afectivo y familiar a la esfera de lo laboral y extraño. Ahora bien, ese desplazamiento se hace tanto más intenso hacia abajo en la medida en que las preocupaciones del abuelo se vuelcan y concentran en la alimentación de su cada vez más hambriento cerdo. El anciano se angustia ante la posibilidad de que el porcino no alcance las dimensiones que lo puedan hacer satisfactorio para su comprador. No se sabe bien cuál es ese límite y los gritos del animal crecientemente descontento parecen indicar que fuera infinito. Por eso, para los nietos, la tarea en la que se les empeña no solo no tiene fin, sino que aparece extraña. Una acción que no les reporta ni utilidad ni satisfacción, más allá del hecho de que, gracias a ella, pueden sobrevivir.

La narración se desarrolla de acuerdo a una coordinada lógica de incrementos, que suman a favor de la humillación de los nietos: creciente volumen del cerdo y creciente ansiedad del abuelo + creciente incremento de la tarea de los nietos = creciente aumento de la humillación.

La humillación se expresa en figuras de sumisión, en la obediencia de los nietos para realizar tareas cada vez más exigentes, en condiciones cada vez más desfavorables y en lugares cada vez más degradados. Uno de los signos sobresalientes de la humillación, como hemos dicho, es la comida cruda aunque fresca que en un momento el abuelo da a los nietos. La comida fresca, en contraste, es valorativamente excesiva para el cerdo. A este animal no se le alimenta solo con productos frescos, sino descompuestos, como lo hemos visto. La asimilación de comida podrida, en ese sentido, es signo de animalidad de chiquero y de muladar. La comida fresca, en cambio, es signo de animalidad de corral y de humanidad. A partir de estas consideraciones, uno puede imaginar un recorrido que va de la comida fresca a la podrida pasando por una fase interna que corresponde a la negación de lo fresco y que equivale a un proceso de fermentación, que en el texto que analizamos se figurativiza en lo “semi-fresco”. Podría entonces retomarse el cuadrado semiótico que trazamos en la sección 2.3.2.:



El recorrido de lo podrido a lo fresco, pasando por la negación de lo podrido, es imposible en el contexto del relato, pero lo planteamos como una posibilidad hipotética, surgida de la lógica del propio texto¹⁶. Ahora bien, si recordamos bien, en un momento determinado del relato uno de los nietos encuentra en los cubos de basura una fruta “casi intacta”, que luego de limpiarla se la come. ¿En qué posición del cuadrado ubicamos esa fruta? Sin demasiada argumentación podría situársele en la posición de lo semi-fresco. Si lo fresco es lo intacto en su dimensión más pura y exacta, que corresponde a lo que no ha sufrido menoscabo alguno, lo “casi intacto” que algún deterioro presenta podría ubicarse en esa posición. Pero también podría plantearse, desde un punto de vista lingüístico, que el adverbio “casi” también indica una dirección hacia lo íntegro, hacia lo completo. Por esa direccionalidad aparece como un objeto orgánico susceptible de asumirse como intacto. Pero la dirección hacia lo intacto, hacia lo fresco, se halla también, y sobre todo, determinada por el punto de partida del recorrido, que corresponde a la posición donde hallamos lo podrido, relacionado con la basura, que es de donde se recoge la fruta “casi intacta”. Una condición “casi intacta” que tras la limpieza de la fruta termina en la posición de lo fresco. Por consiguiente, el recorrido de lo podrido a lo fresco tiene una fase, en efecto, de refrescamiento, que se figurativiza en la recuperación de lo “casi intacto”.

Respecto de la comida podrida todavía cabe hacer una observación fundamental. El cerdo no solo se alimenta de comida podrida. Sabemos ya bien que él come de todo, incluso comida podrida. Es decir, come incluso aquello que los demás seres vivos no ingieren, excepto las aves de carroña. Ya vimos también que por eso se aproxima a los seres carroñeros, que se alimentan de animales muertos. Pues bien, esa característica del cerdo hace de él un actante que mezcla la comida, es decir, que no la selecciona. A modo de hipótesis creemos encontrar en esa indiferencia respecto a los tipos de comida con la que el cerdo se alimenta a un ser que desarrolla una actuación sin restricciones, que desborda los límites de lo permitido. Un ser que goza. Y ya lo vimos, ese ser que goza puede devenir monstruoso.

4.1. *Sobrevivir*

Hay que volver a las figuras de la humillación: nos ocupábamos de la comida fresca y cruda que el abuelo da a sus nietos como un signo de degradación. Ahora podemos precisar que esa es comida de animales de corral. De animales cercanos a los seres humanos. Por consiguiente, el abuelo, mediante el signo de la comida que arroja a sus nietos, los degrada a una condición animal, pero no al punto de los animales de carroña, ni de los animales de chiquero que en la escala de lo animal es lo más bajo. La degradación a este nivel, si se toma como tal, se produciría con la obligación de recoger desperdicios en el muladar. Pero la orden de ir al vertedero de basura es asumida por los niños como parte de las tareas filiales que deben cumplir. El trabajo, ya lo hemos dicho, es un componente de las relaciones familiares. Y los actantes del trabajo en este relato, sea por la razón que fuere, no se sienten humillados. Es desde el punto de vista de la enunciación que pueden ser vistos en dicha condición. Más adelante tendremos ocasión de precisarlo.

La condición humillada resulta entonces de la intensificación de las obligaciones laborales, cuando las exigencias se hacen mayores. Nace, en segundo lugar, del tipo de sanciones. Y, por fin, surge de circunstancias inadvertidas, como la presencia del perro en la casa, que los nietos adoptan en el muladar y lo convierten en mascota, pero que el abuelo rechaza porque significa una boca más que alimentar y, por tanto, menos disponibilidad de comida para el chanco.

Los tres determinantes de la condición humillada constituyen agravios que crean un estado afectivo propenso a la agresividad o a la violencia directa contra el ofensor.

El Diccionario de la Real Academia Española da las siguientes definiciones para el verbo “humillar”: 1. tr. Inclinar o doblar una parte del cuerpo, como la cabeza o la rodilla, especialmente en señal de sumisión y acatamiento. 2. tr. Abatir el orgullo y altivez de alguien. 3. tr. Herir el amor propio o la dignidad de alguien. 4. tr. *Taurom.* Dicho de un toro: Bajar la cabeza para embestir, o como precaución defensiva. U. t. c. intr. 5. prnl. Hacer actos de humildad. 6. prnl. Dicho de una persona: Pasar por una situación en la que su dignidad sufra algún menoscabo. 7. prnl. ant. Arrodiillarse o hacer adoración.

Ninguna de estas definiciones es adecuada con toda exactitud para dar cuenta del estado de humillación y del proceso de humillación que los nietos sufren por la intervención ofensiva del abuelo. El estado de humillación de los nietos corresponde sin duda al estado de sumisión y acatamiento, que se expresa en el cumplimiento degradante de recoger restos de comida en el muladar. Como en toda humillación, se ha producido un rebajamiento efectivo

o simbólico. La humillación como proceso se produce cuando los pequeños son ultrajados por su abuelo mediante el arrojado de verduras crudas sobre el colchón en el que duermen.

En el primer tipo de humillación los actantes viven en una condición humillada que no les despierta una respuesta de rechazo, que no comporta, en consecuencia, una sanción negativa hacia el ofensor. En el segundo tipo de humillación los actantes participan de una condición cuya vivencia suscita respuestas de rechazo y que lleva consigo una sanción negativa hacia quien los escarnece¹⁷. La primera humillación no se experimenta como consecuencia de un agravio, mientras que la segunda sí. De esa suerte experimentada, la humillación suscita una voluntad de venganza. O al menos alguna respuesta en reacción a la ofensa. Pero hay que indicar que en el relato aquélla se percibe desde la instancia de enunciación, por el enunciador y el enunciatario, no en la instancia del enunciado; la segunda humillación, en cambio, se percibe en ambas instancias.

La obligación al trabajo entonces es una humillación, que no es sentida como una ofensa por parte de los nietos. Pero la humillación que el abuelo les propina como consecuencia de la imposibilidad de seguir proveyendo al cerdo la cantidad de desperdicios que exige, sí es vivida como una humillación que resulta de una ofensa. Una interpretación decisiva, sin embargo, puede ser hecha. Parece ser al mismo tiempo que los nietos no reciben las ofensas del abuelo como motivos de humillación. No parece que sufrieran sus agravios de un modo subjetivo. Los chicos no se plantean dilemas, por ejemplo, entre el *deber* de trabajar que les impone su antecesor y el *querer* hacer cualquier otra cosa. Los nietos no se rebelan. No son capaces de hacer valoraciones, tomar decisiones, ni modificar el sentido de las acciones. No toman posición respecto de las órdenes que les da el abuelo, ni respecto de sus propios deseos. Cabe definir a los niños, por tanto, como no sujetos¹⁸. Ubicados en esa dimensión actancial, los nietos no pueden ser rebeldes ni resignados. Su actuación es, por el contrario, de tipo automático. Son, en efecto, en cierta forma autómatas con respecto al trabajo. Lo que no quita el hecho de que experimenten sensaciones y afectos de fraternidad, de amor y respeto, ni que sean incapaces de sentir culpa, aunque en situaciones extremas. Se arrepienten, por ejemplo, de haber causado la caída del abuelo en el chiquero donde luego, al parecer, será devorado por el cerdo. Pero esos sentimientos se hallan subordinados por el imperativo al trabajo y a la obediencia filial en general y son pasajeros y, en último término, y sobre todo, se impone el imperativo de la sobrevivencia, de la conservación de la existencia. Los nietos, después de todo, son seres que se subordinan o someten al dominio del abuelo y a sus exigencias laborales por necesidades de sobrevivencia.

La condición sobreviviente de los niños tiene al parecer dos dimensiones en el nivel temático: son huérfanos, recogidos por el abuelo, y principalmente, son actantes que llevan una vida en condiciones muy precarias, desfavorables e inseguras. No están bien alimentados, no reciben cuidados de salud, no cuentan con la protección correspondiente para su edad ni, en último término, pero no lo menos importante, no son queridos por su familiar inmediato más próximo, que ha recibido el encargo de criarlos. Los nietos en esas condiciones se esfuerzan por vivir, y esforzarse por vivir significa sobrevivir¹⁹. Los actantes predicados como sobrevivientes son aquellos para quienes la determinación mayor es la del querer seguir viviendo, aun cuando los factores que lo permiten son enormemente contrarios. Puede suponerse que un sobreviviente, así definido, no tiene una opción distinta que la de acogerse a las posibilidades que encuentra. Se trata de un actante; en el caso extremo, es capaz de hacer cualquier cosa para lograr su cometido de sobrevivencia²⁰ y que, por eso, pierde el sentido de la vergüenza. Giorgio Agamben, basado en *Totalidad e infinito* de Emmanuel Levinas, ve que ese sentido, ligado al sentimiento de dignidad, constituye cualidad determinante en la definición de lo humano. La dignidad que históricamente fue el ropaje que distinguía a las autoridades, pasó luego de una serie de transformaciones, a designar lo propio del ser humano: su condición fundamental. Así comenzó a referir un sentimiento de honra y de pertenencia a la especie de los hombres, que implica el goce de derechos y privilegios, que no se suponen ajustados a otra especie. Por eso los niños en “Los gallinazos sin plumas” que han perdido la vergüenza y la dignidad ocuparían la posición de no hombres, que luego los lleva a situarse en una posición animal. Es más, como lo veremos dentro de un instante, en una posición monstruosa, más allá de lo humano y lo animal.

El sobreviviente es actante que sobrepasa el lapso de vida que le toca vivir (tiene la apariencia de un muerto, pero su alma está viva) o es aquel que vive a pesar de que debía haber muerto (tiene la apariencia de un ser vivo, y su alma sigue vive)²¹. En ambos casos el sobreviviente es aquel que sigue viviendo a pesar de que se presuponía su muerte. Su existencia entonces no tiene un carácter esperado (no sigue una lógica implicativa: si...entonces), sino un carácter inesperado (sigue una lógica concesiva: un enunciado se realiza, aunque, o a pesar de que, otro enunciado que precede al anterior exprese una objeción o dificultad para lo que aquel enunciado dice. Por ejemplo: *a pesar de que es pobre sigue viviendo*. Ser pobre es condición de muerte; aun así, si el sujeto sigue viviendo se contradice la premisa de la que la muerte tendría que ser la consecuencia). El caso de Primo Lévi, el poeta sobreviviente de los campos de concentración es ejemplar. Sobrevivir de esa terrible experiencia se presenta como un acontecimiento insoportable e imprevisto. Debía haber muerto, pero

sigue vivo. Y esta supervivencia da una apariencia de vida que no le es posible asumir²². En “Los gallinazos sin plumas” la sobrevivencia, en cambio, no suscita un estado de vergüenza, una experiencia desamparada y desnuda. El sobreviviente en ese relato aparece como un actante carente de vergüenza, aunque sí provisto de dignidad.

5. La posición del cuerpo

5.1. *El escarnio y el cuerpo excedente*

La negación de lo humano comienza con el epíteto “gallinazos sin plumas” otorgado a los nietos por el enunciador, que lo recoge del habla cotidiana, y, que, más tarde, es empleada por el abuelo en el desarrollo de la narración. El sentido en ambos casos no es, sin embargo, el mismo. En el primer caso el epíteto designa a los jóvenes que se dedican a la recolección de basura y que corren por las avenidas tras los carros de la baja policía, y parece tener una connotación objetiva. Funciona mediante la analogía con los gallinazos. A medida que se desarrolla la narración, la analogía, sin embargo se diluye y entonces se establece una identidad. Los niños que *ya son como* “gallinazos” pasan *a ser* “gallinazos”.

La analogía se funda en una equivalencia laboral. Mediante esta equivalencia se iguala metafóricamente la actividad recolectora de los niños, con el picoteo de los gallinazos que buscan alimento en la basura y en el muladar. Los gallinazos son trabajadores como los hombres. Pero a partir de esa analogía se establece una identidad: los niños que recogen basura son trabajadores del mismo modo que los gallinazos. La identidad con los gallinazos luego se hace definitiva. Los niños no sólo son idénticos laboralmente a los gallinazos, lo son también por su forma de vida, pues cuando desaparece el abuelo pasan a vivir en el muladar: para sobrevivir allí tienen que rebuscar restos de comida entre la podredumbre.

El epíteto dado por el enunciador no tiene una carga peyorativa, ni tampoco meliorativa. Su intención es ofrecer una visión “objetiva” y ejemplar de los recogedores de basura. Su punto de vista es selectivo: se concentra con intensidad en dar cuenta de esos actores de la vida cotidiana. Pero tiene al mismo tiempo una perspectiva englobante. La narración sobre los “gallinazos sin pluma” se ocupa de un caso generalizado. No de un hecho singular.

El epíteto lanzado por el abuelo tiene en cambio una orientación claramente peyorativa. Es aplicado a sus nietos para denigrarlos, para bajarlos de categoría, para situarlos en la posición de los animales más repulsivos de la fauna urbana. Su punto de vista es particularizante pues la atención con respecto a sus nietos es débil, y su conocimiento restringido. Los nietos no tienen impor-

tancia, no tienen valor, más que en tanto son fuerza laboral para alimentar al cerdo. Son categorizados o percibidos como seres básicos, indispensables para cumplir funciones laborales.

Otro epíteto lanzado por el abuelo a sus nietos se sobrepone al anterior. Se trata de un mismo calificativo que se aplica a los nietos con distintas modulaciones de intensidad y de extensión. Se repite en una entonación fuerte, pero más débil que la que señalaremos después: “¡Ustedes son basura, nada más que basura! ¡Unos pobres gallinazos sin plumas!”. Tiene una entonación más alta y una extensión mayor el siguiente insulto: “¡Mugre, nada más que mugre!, repetí toda la noche el abuelo” y, sobre todo, “¡Pedazos de mugre!”.

Los nietos no solo son rebajados a la condición de animales de rapiña, sino, aun más, son reducidos a la condición de restos, de mugre. No solo basura y mugre, sino restos de todo ello; quedan, por tanto, rebajados a la posición más humillante y vergonzosa que se pueda concebir: restos de restos.

Los epítetos en boca del abuelo degradan, llevan una tónica feroz que procede de un ser ambicioso y egoísta, también un sobreviviente que ha podido resistir unas condiciones de vida agresivas. Los epítetos que el enunciador aplica a los nietos tienen, en cambio, una tónica afable. Los calificativos del abuelo son insultos, los del observador son, en cierta forma, ternezas.

De acuerdo a estas observaciones, la fuerza laboral (expresión de la modalidad del poder) permite que los niños puedan ser equiparados con animales carroñeros, mientras que la sola corporalidad no modalizada, que no predicada con algún poder, es equiparada a restos de restos. Los nietos que pierden fuerza física para trabajar no tienen lugar en el mundo. Aquí es importante observar que el cuerpo en sí de los seres humanos no es un valor. El cuerpo humano, en otras palabras, no es valor suficiente para identificar a un ser como humano. Esa identificación es posible únicamente a condición de que el actante se halle dotado de un poder hacer. Un actante es humano si puede hacer, si es capaz de hacer algo, lo que le vale para vivir y para sobrevivir. En otras palabras, un actante es humano, por las predicaciones que recibe respecto a los roles administrativos, a los roles culturales, a los roles sexuales y a los roles técnicos que cumple o puede cumplir en un mundo bárbaro como el que está representado en el relato²³. Inconcebible sería suponer que cumpliera roles políticos, artísticos, amorosos o científicos. Estos son roles que pertenecen a campos del ser, ajenos y extraños.

El cuerpo en sí, por tanto, es una condición para realizar acciones y actividades productivas, pero es condición supuesta a partir de la acción, no fuera de ella. El cuerpo que no actúa es, por el contrario, resto, resto de restos, que se figurativiza justamente como inactivo, como cuerpo enfermo.

Si el *cuerpo en sí* es inactivo, el *cuerpo humano* es activo. El primero puede ser un excedente inútil, mientras que el segundo es entidad integrada en una red complementaria y, sobre todo, contradictoria y conflictiva de relaciones. El cuerpo inactivo es cuerpo excedente, perteneciente al muladar y parte de él. El cuerpo suficiente es de un orden distinto. Para precisarlo, debemos señalar que el extremo de lo que sobra, de lo que excede en la lógica simbólica que venimos descubriendo en este análisis, tiene al menos cuatro dimensiones sensibles: 1) tiene una dimensión olfativa: el muladar presenta una hediondez invasiva y penetrante, que atraviesa el cuerpo propio y llega a la carne, a la que revuelve, aunque sin llegar al vómito; los “nietos” que llegan la muladar sienten su fuerte fetidez, pero ella no les produce arcadas, son capaces de soportarlo, más aun, no les molesta; 2) tiene una dimensión visual, es un montón de deshechos informe oscuro y humoso; 3) tiene una dimensión gustativa, que corresponde a una mezcla incierta de sabores, que ya está presente en el basurero: allí aparecen “extrañas salsas que no figuran en ningún manual de cocina”, y 4) tiene una dimensión auditiva, referida a los graznidos que emiten los “gallinazos” y también a los rugidos del “cerdo” cuando tiene hambre, que son de un orden sonoro irregular, de lo chillante, del chirrido.

Entonces, si el cuerpo excedente es cuerpo relacionado con lo pestilente, con lo oscuro, con lo chirriante, con lo informe, con lo mezclado, el cuerpo suficiente y completo, se relacionaría, en cambio, con lo odorante, con lo claro, con lo melodioso, con las formas (claras y distintas), con lo seleccionado, que por todo ello puede ser integrado en un sistema de relaciones, como el que idealmente se presenta en la ciudad.

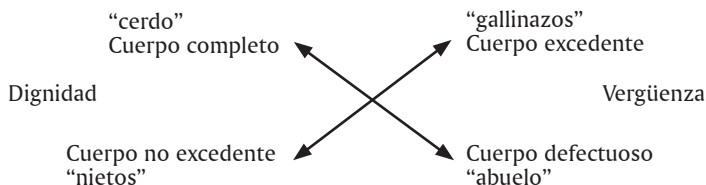
Cuerpo excedente : Cuerpo completo :: Muladar : Ciudad

El reconocimiento de lo humano, entendido como el reconocimiento a la capacidad de trabajar, equivale, por tanto, a la asunción de que esa cualidad corresponde al ideal de un cuerpo completo, mientras que el desprecio de lo no humano e, incluso, de lo inhumano, entendido como la incompetencia para desempeñar labores, equivale a la afirmación de que estas cualidades corresponden a la vulgaridad, o para decirlo en lacanense, a lo real del cuerpo excedente.

5.2. El cuerpo ideal o el cuerpo valor

Pero una aproximación distinta (casi completamente distinta) puede ser realizada, de acuerdo a la lógica del cuadrado semiótico: la negación del cuerpo completo podría equivaler a la de un cuerpo defectuoso, mientras que la negación del cuerpo excedente correspondería a un cuerpo adecuado u ordinario, capaz de amoldarse a los requerimientos del trabajo. Se nos ocurre

proponer la siguiente disposición, en la que asociamos a los distintos cuerpos reconocidos los principales actores del relato:



En esta disposición, el cerdo se relaciona con el ideal del cuerpo completo, a pesar, que el cerdo no es un actante activo laboralmente hablando. El porcino más bien hace trabajar o se trabaja para él, en la medida en que es objeto que se puede vender de acuerdo a cierta medida. Pero, por otro lado, este animal, para ser valioso, debe precisamente adecuarse a cierto patrón de volumen y peso ideal, que lo puedan convertir en un cuerpo completo. Lo valioso del cerdo no se halla, sin embargo, solo en la exquisitez de su carne, sino más que todo en su gordura: en la cantidad de carne y grasa que pueda ser capaz de proveer. Mientras no llega a ese ideal, claro está, ocupa la posición en la que hemos ubicado al cuerpo no excedente, que comparte con los nietos. Por tanto, con exactitud, el cerdo no ocupa el lugar del cuerpo ideal completo, sino que tiende a ubicarse o a ser ubicado en esa posición.

5.2.1. La gloria de la gordura y la humillación de la enjutez

Una rápida digresión: acabamos de señalar que el valor del cerdo se cifra sobre todo en su /gordura/. Este señalamiento nos hace pensar en la oposición con los gallinazos, presentada al comienzo de este ensayo. Si los porcinos se distinguen por la gordura, los gallinazos se diferencian por su /enjutez/. A estas dos cualidades sensibles del nivel de la visión se asocian respectivamente dos cualidades generales del nivel gustativo: la delicia de las reputadas carnes del cerdo, y el seguro desagrado de las carnes de los gallinazos, supuestas con tal valor por su vinculación con los objetos putrefactos de los que se alimenta. Al mismo tiempo, los valores sensibles que estos animales muestran se relacionan con dos cualidades que pueden tener un sentido moral: la abundancia de la gordura, que se liga en el caso de la imagen del cerdo al derroche festivo, y la austeridad, que se liga a la limitación y a la contención que motiva la escasez. Por fin, estas últimas cualidades morales se relacionan con los estados sociales de la riqueza y de la pobreza.

5.3. *La fuerza laboral como valor*

No hay que perder de vista que estamos clasificando aquí al cerdo como objeto de valor. Como cuerpo de valor. Para homogeneizar el sistema deberíamos también considerar a los nietos como objetos. ¿Puede hacerse esa operación? Estimamos que sí. Los nietos pueden muy bien ser percibidos como un valor que el abuelo posee. Un valor que se cifra en su fuerza corporal, que se equivale a su fuerza laboral. Así que, desde este punto de vista, los actores del cuadrado se ubican en él como cuerpos–objeto. No cuerpos–sujeto, en la medida en que aparecen cumpliendo rol de posesiones.

5.4. *El cuerpo defectuoso*

Los gallinazos, por su lado, se ubican en el lugar del cuerpo excedente, por su vinculación con el montón amorfo e inservible que es el muladar. El abuelo a su vez responde bien a la ubicación del cuerpo defectuoso, por su condición mutilada. Su posición como objeto puede, sin embargo, ser discutida. ¿Un cuerpo mutilado, puede ser objeto de valor para algún actante? En la lógica del relato y sin salirnos de ella, una tal presencia solo vale para el propio ser en la que se halla instalada o para el cual es sustento vital, para el que, en otras palabras, permite una consistencia de entidad biológica. Dicho de otro modo, el abuelo es corporalmente valioso para sí, porque su cuerpo le da existencia. Ahora bien, desde el punto de vista de este actante, todos los otros tienen valor porque le sirven, porque pueden ser utilizados, no por lo que son, o por la afectividad, vamos a decir, humana y desinteresada (no utilitaria) que puedan despertar.

El cuerpo completo o el cuerpo perfecto, ideal, no tendría en consecuencia una determinación definitiva en la constitución laboral de los actantes, desde la perspectiva que se plantea en el último cuadrado. El cuerpo así expuesto mostraría lo propio de un objeto y no de un actante (no sujeto o sujeto)²⁴.

Un actante actuante ante todo está determinado por un poder–hacer. El cuerpo adecuado a un actante actuante (permítanme esta reiteración abusiva) es, en cambio, el cuerpo del trabajador. Diríamos el cuerpo recubierto con las vestiduras del trabajo. El cuerpo completo, que constituiría el cuerpo reconocido –el cuerpo digno– sería entonces el cuerpo vestido para el trabajo; mientras que el cuerpo desnudo, el cuerpo indigno de la vergüenza, el cuerpo del hombre desnudo, del *homo sacer*²⁵, se encontraría en la manifestación de los cuerpos defectuosos, como el del abuelo tullido y el de los gallinazos que se alimentan de carroña. Esos cuerpos, sin embargo, no desprenderían vergüenza por parte de los sujetos instalados en ellos. Son cuerpos vergonzosos vistos desde el exterior del mundo representado, pero no desde el interior. Desde esta perspectiva, la vergüenza es indiferente.

5.5. *El cuerpo completo como condición para el trabajo*

El cuerpo es necesario para el trabajo, pero de por sí no es entidad operadora, no es entidad que actúa. Es indispensable un hacer que lo convierta en operador. La condición, entonces, para que el cuerpo propio pase a constituir factor de operación o de transformación, es el poder de trabajo, que es un constituyente modal que se forma gracias a una práctica y a un aprendizaje, y que se establece como una memoria, o una reserva de útiles y herramientas cognitivas. La capacidad de trabajar no es necesariamente un componente innato y natural. Es adquirido y formado en la práctica de la reproducción de la vida cotidiana. No entraremos en disquisiciones etológicas y vamos a quedarnos por supuesto en el universo del relato. En este contexto parece que la capacidad de trabajar es resultado de una imposición natural y más concretamente de una exigencia determinada por las necesidades de supervivencia. ¿Qué actores son los que trabajan en el relato? No, precisamente, aquellos que han aprendido alguna labor u oficio. Trabajan quienes deben procurarse alimentación diaria: los gallinazos, el perro, los nietos. El poder–trabajar les viene, por tanto, a estos actantes de un imperativo biológico. Ellos trabajan porque es forzoso que lo hagan para lograr vivir. Es coacción que surge del hecho de vivir.

Se impone de inmediato la necesidad de responder a la pregunta ¿qué es vivir?, en el horizonte del relato que analizamos, a fin de esclarecer el sentido de este texto. Vivir es sobrevivir y ello significa conservar el cuerpo sano. La condición para ello es trabajar y trabajar con el cuerpo. Los actantes que trabajan no tienen otra herramienta, otro medio que trabajar con el cuerpo. Su cuerpo es la herramienta de trabajo. El cuerpo entonces es el medio y el cuerpo también es el fin: la conservación del cuerpo sano, del cuerpo completo.

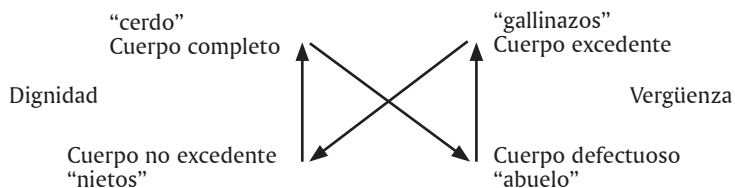
Así que, para conservar el cuerpo sano para vivir, es imperativo hacer trabajar al cuerpo. En esta formulación aparece más claro el hecho de que la capacidad de trabajar no nace del cuerpo propio, sino de una instancia distinta que *hace trabajar* al cuerpo. Se trata de una instancia que actualiza la potencialidad del cuerpo como agente de trabajo. Es decir, de un sujeto que asume a su cuerpo como capaz de trabajar y que, en términos que propone Agamben, equivaldría a la asunción de una vestidura o de una investidura²⁶. El trabajo sería la investidura de la acción que tiene como objeto la supervivencia del cuerpo del sujeto, lo que es igual a decir del propio sujeto, que existe por el cuerpo.

Distinguimos en esta formulación dos instancias actanciales, la del cuerpo y la del sujeto. La primera es una posición no modalizada, que no recibe determinaciones que comprometen a su *ser*. El cuerpo, por eso, no es entidad que cambie de ser. No se quiere decir con ello que no varíe, que no evolucione, que no progrese o que no regresione. Él es afectado por los cambios de su

estado biológico. Lo que queremos apuntar es que no se trata de una entidad que cambie de estado social o moral. El cuerpo propio ni se socializa, ni se moraliza. Lo que cambia es el sujeto articulado o instalado en un cuerpo. Es esa entidad la que recibe determinaciones modales. La que *cree*, la que *quiere* o *debe*, la que *sabe*, la que *puede*. Es esa entidad la que dispone del cuerpo y la que lo hace operar, la que lo coloca en una dirección o en un sentido. Ahora bien, las determinaciones modales no son factores o condiciones inherentes a los actantes. Son condiciones más bien adherentes, que resultan de aplicaciones realizadas por otros actantes con el fin de orientar y fijar su actuación²⁷. Desde esta perspectiva se puede sostener que funcionan como vestimentos o investimentos en un escenario determinado.

5.6. Permutas y el cuerpo del trabajo

A partir de estas consideraciones se puede replantear el cuadrado antes presentado, señalando una serie de permutas y traslados, esta vez ya no tomando a los actantes como objetos, sino como sujetos, investidos de la capacidad de trabajar. El cuadrado entonces se plantea de este modo:



En este cuadrado²⁸ se ofrece el panorama de un sistema cuyos actores son actantes sujetos. Lo que los distingue como tales es sobre todo su condición laboral: su capacidad para desarrollar una actividad transformadora, una acción específica sobre un objeto con un fin determinado.

5.6.1. La dignidad del trabajo

En él encontramos, en primer lugar, a los gallinazos que por el afán laboral que ponen en la búsqueda de carroña, se han trasladado a una posición de dignidad que los humaniza. Es cierto que ser percibidos como trabajadores resulta de una operación metafórica. Tendríamos, en consecuencia, que asumir que la analogía expuesta tiene un efecto puramente figurativo, de limitada importancia significativa. Pero las metáforas son mecanismos de los que se vale el pensamiento o, mejor, que constituyen en primera instancia los discursos y

mediante los cuales se sistematiza y categoriza los mundos que representan²⁹. De hecho, gracias a la comparación con seres laboriosos, los gallinazos se dignifican y humanizan en virtud de que parecen trabajar para vivir. Por el trabajo los gallinazos adquieren una vestidura humana, aunque por el cuerpo se colocan en una condición excedente, pues por naturaleza o por instinto, que viene a ser lo mismo, se conectan a los restos del muladar. La vestidura que los hace aparecer como sujeto es de orden cultural, mientras que el cuerpo revestido por el aparecer es de orden natural.

El segundo lugar encontramos a los nietos. Estos, como trabajadores, se ubican en la posición de los que poseen un cuerpo no excedente, en la misma posición, por tanto, que en el primer cuadrado, pero debe observarse que cuando se lisan y enferman, pasan a la posición de los actantes que poseen un cuerpo defectuoso. Así mismo ha de observarse que, al final del relato, después de enfrentar al abuelo y empujarlo involuntariamente al chiquero donde este entabla con “Pascual” una gresca feroz y mortal, los nietos liberados de la tutela de su antepasado no tienen otro lugar donde dirigirse para sobrevivir que al muladar, donde van a parar los restos de la ciudad.

El muladar, hay que precisarlo a continuación, no es lugar de valores definidos. Denota una posición ambigua, por lo que venimos analizando. Es, sin duda, lugar que marca el estado más bajo de degradación. Pero, a la vez, es lugar de desempeños laborales que dignifican y, por tanto, humanizan. Es el lugar donde los gallinazos laboran para vivir, y es el lugar donde los nietos trabajan con el mismo fin. Lugar de degradación, de los cuerpos deshechos y excedentes es también, sin embargo, lugar de elevación, donde los cuerpos pueden rehacerse gracias al trabajo. Sería, en consecuencia, lugar desde donde se inicia un nuevo trayecto revalorizador, cuyo punto culminante se alcanzaría con el establecimiento de un nuevo cuerpo completo, fruto de un nuevo ideal, fundado en el trabajo que se desarrolla para vivir.

5.6.2. El cuerpo deshecho

En cuanto al abuelo, hay que decir que este es también un actante que, si bien mantiene la misma posición que en el primer cuadrado, en este tiende a desplazarse. Es sujeto que intenta con sus medios, cuando sus nietos enfermos no pueden hacer el trabajo, al que les obliga, recoger desperdicios para el cerdo cada vez más exigente a medida que engorda, aunque fracasa porque está incapacitado corporalmente para el trabajo. Ese esfuerzo lo humaniza. Pero en el desarrollo de la narración termina en el chiquero, entre el barro y los excrementos, devorado por el chanco. Termina, por consiguiente, como cuerpo convertido en deshecho, en comida de cerdo.

5.6.3. La monstruosidad de lo excedente

Por fin el cerdo, cuerpo completo ideal desde el punto de vista del abuelo, cuerpo para quien los nietos trabajan, actor central y clave de la lógica del relato, que tenía la posición sintáctica inicial de objeto, va convirtiéndose en sujeto: sujeto de un deseo *desmesurado* de comida, que exige con gruñidos y rugidos ensordecedores. En ese punto como sujeto de deseo y como exigente destinador, como señor del corralón, que es el rol en el que reemplaza al abuelo, que se convierte en su servidor, en el proveedor de sus deseos, pasa a convertirse en un actante distinto: en un inclasificable engendro. No pasa exactamente a la configuración de monstruo. El enunciador prefiere situarlo en el límite. Entre un ser normal, aunque caprichoso y por demás exigente, y un ser que escapa a las medidas de la norma. Es decir, entre el ideal cuya gordura en crecimiento ofrece la promesa de su realización como potaje y lo real de una entidad que escapa a la *mesura* sonora de lo conveniente. Aquí hay que sumar a las distintas cualidades sensibles que hemos ido destacando a lo largo de este ensayo, la cualidad de la sonoridad, que marca un tránsito: el paso de la normalidad a la anormalidad. El cerdo es, pues, un actor proporcionado, con respecto a la finalidad que como objeto se le confiere, y, a la vez, desproporcionado, con respecto a su feroz y sufrida subjetivación, en cuanto se hace presa de los deseos del que el abuelo es el intérprete.

Vistas las cosas desde el punto de vista de la naturaleza, el cerdo es desproporcionado (anormal) por el hambre que padece, que es sensación corporal de falta engendrada en realidad por los deseos del abuelo. El abuelo que quiere un cerdo muy gordo para venderlo mejor, desata y acentúa en grado extremo el instinto omnívoro del porcino. Así que si el cerdo se convierte en una entidad casi monstruosa, no es por una dinámica que atañe al propio animal, sino por efectos de las motivaciones de su dueño: por los sueños de una ganancia promisoriosa y quizás excepcional, pues no de otro modo puede entenderse la ansiedad de “don Santos” por la gordura del cochino.

Ahora bien, cuando el cerdo, objeto de valor que no es sino un medio para conseguir ganancias parece que va alcanzar el ideal de la gordura, el engorde adecuado y perfecto, surge la adversidad. Los nietos se enferman y encima de ello llevan un perro al corralón, una boca más que alimentar, menos alimentos, por tanto, que dar al puerco. En esos momentos, justamente, el cerdo que es un valor de uso, pasa a convertirse en valor en sí. A partir de allí vale más de por sí, sin importar ya lo que se pueda conseguir con su venta. Lo inesperado, sin embargo, amenaza y arruina la fantasía del anciano: verse vendiendo su rechoncho cerdo y recibiendo dinero.

Desde ese instante solo interesa saciar su hambre. El abuelo pierde a partir de entonces el sentido de su principal deseo y se impone, en cambio, el senti-

do insaciable de un ser cuya naturaleza voraz se ha desatado incontenible. En ese momento el porcino, con la desproporción de su voracidad, se mueve de la posición que lo llevaba hacia lo perfecto y completo (la posición de la medida y lo medible), a la posición extrema de lo desechable, por inmanejable y desmedido (la posición de lo desmesurado). Ha de notarse que lo medible es simultáneamente lo que puede seleccionarse (lo que puede ser separado y pulido), mientras que lo desmesurado es lo que se mezcla (lo que es juntado indiscriminadamente y de manera tosca).

Estas consideraciones se hallan relacionadas con una de las principales líneas temáticas del relato: el deseo desmedido produce una catástrofe natural y familiar. El abuelo con sus deseos de ganancias exorbitantes, que contrastan con la indiferencia afectiva que muestra hacia sus nietos, desencadena una calamidad: el hambre descomunal de un cerdo, que arrastra al viejo a la locura y a la muerte, y a los nietos al abandono absoluto, que al final, sin embargo, significará una liberación.

5.6.4. Reflexiones finales sobre el cuerpo del trabajo

Para concluir con estas reflexiones respecto al cuerpo del trabajo, nos parece necesario aun precisar que el cuerpo entendido como cuerpo completo, que es un cuerpo sano, es la condición necesaria del poder de trabajo. Se puede trabajar porque se tiene un cuerpo intacto, no defectuoso, no dañado. Pero el cuerpo completo en este caso no debe tomarse como una expresión de poder, sino como una condición y no la más importante. La condición más decisiva es la voluntad de trabajar con el fin de vivir o de supervivir. Esa voluntad no pertenece al orden de la naturaleza: no es innata, sino adquirida. La determina la comunidad, la cultura en la que los actores participan.

Es interesante con el fin de esclarecer estos puntos establecer cuál es el potencial del poder corporal. Para ello cabe distinguirlo del poder de dominio, que en el relato que estudiamos es el poder señorial que el “abuelo” posee. El primer poder es poder de una fuerza natural, el segundo es poder de una fuerza cultural y, específicamente, política. Este es un poder sostenido en un orden legislativo sustentado en un Estado, que, como bien sabemos, es aparato basado en estructuras simbólicas y en un aparato militar que controla la fuerza. La dimensión de lo estatal en un sentido más amplio es la de las normas y las leyes tanto escritas como no escritas. Las reglas de las costumbres ya son parte de esa dimensión. En este ordenamiento, el poder “señorial” es un poder delegado por el Estado y que se ejerce sin la posesión necesaria de un poder corporal. Pero este poder es una condición para que la actuación de cualquier actante pueda ser posible, aunque no se trata de una fuerza de por sí determinante, puesto que requiere para ponerse en funcionamiento de una instancia

subjetiva, que decide cuál es el objeto y cuál es el fin al que se apliquen. El poder señorial, el poder de dominio procede entonces de una instancia estatal que delega desde el exterior y que otorga un libre albedrío al actante al que se le concede. El poder corporal es, en cambio, una fuerza interna al sujeto, pero que no opera por determinación propia, sino que es manejado de acuerdo a ciertos protocolos y reglas culturales. El poder corporal siempre está regulado en cualquier cultura por instancias simbólicas y estatales.

6. La mirada: los límites de lo humano

Hay dos momentos en el relato marcados por el grado de gordura que va obteniendo el cerdo. En el primer momento, el cerdo en cierta medida puede contentarse con los restos que los niños son capaces de recolectar en las correrías que emprenden por las mañanas, durante la “hora celeste”, en competición con el carro de la Baja Policía y con otros recogedores de basura, y en lucha contra las sirvientas. En esta fase las acciones se desarrollan con cierto suspenso. Las competiciones que libran alcanzan una intensidad no muy marcada y un grado de concentración no muy alto. El suspenso es mediano. Los estados de ánimo de expectación, impaciencia o nerviosismo a causa de la incertidumbre que el cumplimiento de la tarea suscita se diría que son manejables y tenues. Los nietos logran realizar las órdenes del abuelo con felicidad y la tranquilidad reina en el corralón, pues tanto el cerdo y el abuelo respiran satisfechos, aunque hay días en que los niños no son capaces de cubrir la cuota de desperdicios requerida por el marrano. En la segunda fase del relato, en cambio, cuando los restos de comida se hacen insuficientes y los nietos deben acudir al muladar a buscar lo que aun no se ha descompuesto, el suspenso crece en intensidad y en concentración. El nerviosismo y la ansiedad aumentan. Las expectativas del abuelo por ver realizados los deseos de que su cerdo engorde se van reduciendo. La frustración lo hace colérico y al final parece ser presa de locura. En esa situación de cargada impaciencia uno de los nietos, “Enrique” “sentía crecer en su corazón un miedo extraño y al mirar los ojos del abuelo creía desconocerlos, como si ellos hubieran perdido su expresión humana”. Hay que seguir citando el texto:

“Por las noches, cuando la luna se levantaba, cogía a Pedro entre los brazos y lo aplastaba tiernamente hasta hacerlo gemir. A esa hora el cerdo comenzaba a gruñir y el abuelo se quejaba como si lo estuvieran ahorcando. A veces se ceñía la pierna de palo y salía al corralón. A la luz de la luna Enrique lo veía ir diez veces del chiquero a la huerta, levantando los puños, atropellando lo que encontraba en su camino. Por último reingresaba al cuarto y quedaba mirándolos fijamente, como si quisiera hacerlos responsables del hambre de Pascual”.

Por la expresión de la mirada del abuelo, desde el punto de vista de Enrique, aquel ha perdido su faz humana. Lo que el relato sugiere, sin duda, es que se ha vuelto loco. Es de interés destacar aquí que la locura se relacione con la mirada y que se conceptualice tanto como una manifestación desconocida para el sujeto que la descifra, que como una pérdida de “expresión humana”. La mirada adquiere una significación extraña, no identificable con lo humano, que tampoco, es importante decirlo en el contexto del relato, se asocia a expresiones animales. Es una expresión de otro orden. Es de subrayar, por otro lado, que la mirada de expresión humana es significante simbolizado, perfectamente identificable, que transmite tranquilidad. La pérdida de esa expresión lleva a la alteridad y transmite nerviosismo.

Desde el punto de vista de la enunciación, interpretamos que se trata de la mirada que corresponde a la locura por dos signos. En primer lugar, por la presencia de la luna llena, asociada por el folklore de muchas partes del mundo con la demencia. Se dice corrientemente de una persona afectada por la locura, o algún tipo de estado de ánimo nervioso o colérico, que está tocado o, en general, influido por la luna. En segundo lugar, el “miedo extraño” que suscita la mirada del abuelo en su nieto, que suponemos como una mirada perdida, sin dirección y sin control. Ese “miedo extraño” puede ser visto asimismo como indicio de un mal presentimiento y de un estado de ánimo incomprensible. Un estado de ánimo que no se acomoda a los modos de racionalidad que rigen el conocimiento de lo humano y que parece proceder mediante aproximaciones analógicas, pues lo que le ocurre al abuelo no es comparable con nada, específicamente con la actuación de ningún ser vivo.

El abuelo enloquecido cambia, por tanto, de estado. Era un actante previsible, ahora se ha tornado imprevisible. De actante programado, bajo el control de un saber, de una racionalidad, pasa a ser un actante desprogramado, fuera del control de cualquier saber, de cualquier racionalidad. Imprevisible y desconocido, este actante se vuelve amenazante, en la medida en que lo que no puede ser clasificado no es controlado y, en consecuencia, puede constituir un peligro: muestra un riesgo relacionado con lo desconocido e incierto.

La figura que expresa la locura en este relato es la del arrebataimiento, que el DRAE define como “Furor, enajenamiento causado por la vehemencia de alguna pasión, y especialmente por la ira”. Conocemos bien en semiótica la pasión de la cólera o la ira, estudiada por A.J. Greimas en un artículo canónico³⁰. Ella se desencadena por la frustración producida por un desengaño, por una crisis de confianza. No es este el caso exacto, aunque hay algo de desencanto en la explosión conductual del abuelo. No le salen las cosas como él las imaginaba: realizar la ilusión de vender a su cerdo bien cebado, cuyos límites exactos no se saben bien, y que permite suponer que se trata de un objeto ilimitado,

infinito. Pero, por otro lado, el desvarío del abuelo es consecuencia de la creciente insatisfacción de “Pascual”, que se expresa en rugidos ensordecedores e insoportables. A este respecto, la reacción iracunda del viejo responde más bien, como ya lo indicamos antes, a una identificación con el animal de hambre desbordada. A partir de esta consideración podemos ver de otra manera el recorrido narrativo formado por dos períodos: los deseos monetarios del abuelo, paralelos a la indiferencia afectiva que muestra hacia sus nietos (que equivale a la ruptura del orden que origina la narrativa mítica estudiada por A.J. Greimas en *Semántica estructural* y en otros estudios³¹ y que es quiebra característica de cualquier combinación narrativa) forman el primer periodo. El segundo periodo es consecuencia del anterior: corresponde al desencadenamiento de una catástrofe natural (el hambre descomunal del cerdo que lo convierte en un monstruo) y una catástrofe humana (la locura del abuelo y su muerte posterior, al parecer engullido por el cerdo). Este desarrollo presupone a su vez un periodo de normalidad, previo a la ruptura del orden, e implica un periodo de restablecimiento del orden y de revolución, que involucraría un reordenamiento. La normalidad semánticamente está marcada por la moderación, por una actuación medida, controlada, programada, mientras que la ruptura del orden está marcada por lo desmedido, por lo inmoderado, por lo no programado.

Lo inmoderado aparece en el deseo desmedido del abuelo. Supone, por supuesto, una moderación. No nos hemos ocupado hasta el momento de esta categoría fundamental en la obra narrativa de Julio Ramón Ribeyro. ¿Cómo se define lo medido? No hay en “Los gallinazos sin plumas” una determinación exacta de esa categoría. Puede, sin embargo, hacerse una aproximación. Me atrevo a proponer que corresponde a aquello que es posible adquirir. En la moderación, por tanto, existe una disposición a ajustar los deseos y las necesidades a condiciones de escasez, que son las condiciones reinantes en el mundo del corralón y de los suburbios. Los sujetos son capaces de adaptarse a satisfacciones limitadas, que los pocos objetos de los que pueden disponer les proporcionan. Se trata sobre todo de objetos alimenticios y bienes de uso que les permitan obtener esos valores. La inmoderación caracteriza, en cambio, al sujeto que no se adecúa a vivir y sobrevivir en la escasez. Ese sujeto, demasiado anheloso, produce catástrofe y sucumbe en la locura.

La moderación, en consecuencia, es una competencia que permite a los sujetos adaptarse a un mundo en el que impera la escasez. La inmoderación, en oposición, resulta de la pérdida de esa competencia. El inmoderado, por eso, es un actante que se desmodaliza³². Y un actante desmodalizado es un agente individualizado, cuya actuación no puede anticiparse. En “Los gallinazos sin pluma” el inmoderado abuelo, sin embargo, no deja de ser un actante estereotípico y, en consecuencia, previsible. Es verdad que desde el punto de vista de

sus nietos, pierde sus expresiones humanas, pierde la mirada con que el ser humano percibe, pierde los modos en que siente y comprende los mundos con los cuales interactúa, pierde saber y pierde poder. Pero a la vez, a pesar de la radical pérdida de cualidades que definen el ser y el hacer propios a los roles temáticos que configuran las funciones de un abuelo encargado de sus nietos huérfanos (protector, proveedor, etc.), incluso de los roles temáticos anómalos que lo caracterizan, como el rol de patrón, el abuelo enloquecido es un rol posible, esperado y perfectamente lógico, pues la locura es una consecuencia lógica en un mundo dominado por las carencias en la narrativa de Ribeyro de los años cincuenta.

Los anhelos desmedidos, que dan lugar a la alteración del orden, que producen catástrofes naturales y humanas, que producen incertidumbre, y la confusión resultante son, pues, normales en una situación de carencia. Insistiré en el hecho de que una situación de carencia y de escasez puede ser calificada de anormal si suponemos que lo normal equivale al reino de la abundancia y la satisfacción. Si no la abundancia, al menos lo satisfactoriamente adecuado para la reproducción ajustada a un ideal de vida normal, ajustada a una vida en la que se realicen mínimamente los requerimientos de alimentación, vivienda, vestimenta, seguridad, que justamente no parecen cumplirse a plenitud en el relato. Uno puede imaginar que apenas si se cumplen, sin completa satisfacción. Hay más bien carencias importantes que se figurativizan en el tipo de vivienda en la que habitan los nietos y el abuelo: la vivienda rústica en un corralón, que presenta características rurales, puesto que el corral tiene una huerta y los que habitan en ella viven cerca de animales domésticos. El chiquero, por ejemplo, se ubica muy cerca de la habitación donde los nietos duermen. En este contexto una figura representativa de las condiciones de carencia en la que viven es que lo hacen sobre colchones. Este dato metonímico, dicho sea de paso, descubre que el ideal de lo apropiadamente satisfactorio es dormir en cama. Hacerlo sobre colchón significa indudablemente padecer pobreza, vivir en condiciones de escasez.

O sea que si hay inmoderación en los deseos del abuelo, ello es consecuencia de un estado que obliga a una actuación moderada que no es satisfactoria. El abuelo, como los nietos, lleva una forma de vida que no ha elegido y con la que no se siente feliz. Pero también por parte de los niños no parece existir un deseo de cambio y se contentan con lo que reciben del abuelo. Su actuación, por eso, puede calificarse de moderada. El abuelo, por el contrario, sí aspira a algo diferente. Aspira a tener dinero. Y esa aspiración tiene un contenido de inmoderación. Nótese, por tanto, que el abuelo escapa con su actuación ambiciosa al comedimiento de la forma de vida que se impone en los nietos, que parece una forma de vida resignada, en la que el deber domina al querer.

Aunque, ya lo hemos visto, ni siquiera es resignada, pues estrictamente hablando a ellos no les cabe hacer elecciones. En oposición, la performance del abuelo parece sí corresponder a la de una forma de vida rebelde, en la que el querer se impone al deber³³. Esa condición rebelde se nutre, sin embargo, de un deseo desmedido que lo empuja a la destrucción. Da la impresión de que pareciera el recorrido de un estado de ánimo y de una forma de vida rebelde cuya mayor intensidad y cuya mayor concentración desembocan en locura, en la disolución de la condición subjetiva. Ha de notarse además que el deber subordinado, pero presente potencialmente en la rebeldía, que contrasta y se confronta con el querer, y que opera además en cierto grado como un obstáculo al querer, se va debilitando y contrayendo hasta la nulidad. De modo que el actante rebelde en este caso determinado únicamente por el querer aparece en el relato desarrollando una actuación descontrolada y sin dirección. El querer desatado hace del actante una entidad actoral dominada por la pasión, antes que dominadora de la misma. Adviértase igualmente que el deber, modalidad que sostiene la responsabilidad paterna que como abuelo le corresponde cumplir a este actante respecto de sus nietos huérfanos, es una propiedad modal casi nula, mientras que el querer, que sustenta la ambición de ganar, es una propiedad muy intensa.

Un apunte más, que hemos hecho ya de pasada, la actuación afectiva del “abuelo”, indiferente con respecto a sus nietos, con quienes se relaciona de un modo laboral y a quienes trata como operarios, viola el ordenamiento de las relaciones filiales. El abuelo en ese sentido se comporta de un modo prohibido. Esa es una razón más que se suma a la ambición exagerada por vender al cerdo que constituye la causa de la ruptura del orden cuya consecuencia será la locura y la muerte.

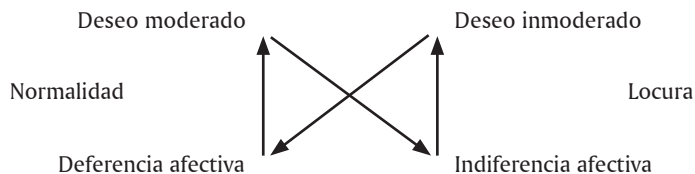
Si resumimos la secuencia tendremos lo siguiente: por el lado del “abuelo”: Inmoderada escasez (pobreza) → Inmoderados deseos → Inmoderadas pasiones (locura) → Fin catastrófico. Por el lado de los “nietos”: La desmesurada escasez que desata moderación: ajuste a la escasez → Moderados deseos → Moderadas pasiones (ternura) → Fin liberador.

7. Una liberación irrisoria

Repárese que los nietos que no quieren otra cosa que sobrevivir van a liberarse de una forma de vida en la que viven sometidos a los deseos de otro que los hace trabajar para sí y de una manera poco recompensada, mientras que el abuelo que también sobrevive y desea liberarse de esa forma de vida produce una catástrofe que le significa la locura y la muerte. Quien desea liberarse muere, entonces, y quien no lo desea, en cambio, sobrevive y puede liberarse, aun-

que se trate de una liberación irónica, pues los actantes que escapan a la sujeción que sobre ellos ejerce quien los sujeta, tienen que seguir sobreviviendo en condiciones de carencia que corresponden a una forma de vida de sujeción.

Un cuadrado semiótico permite una síntesis a lo dicho:



El deseo moderado de superar un estado de escasez cuando es negado por la indiferencia afectiva (por un deseo de compartir con la familia, al que se suma un sentido de responsabilidad filial) conduce a un deseo inmoderado. Este deseo, presente como consecuencia de la desidia que la familia suscita, cuando es negado se torna en deferencia y atención hacia los propios y en deseo moderado. Este un deseo que bien puede identificarse con la pulsión erótica, tendiente a la preservación de la existencia, en condiciones posibles, reguladas por un principio de realidad. El deseo inmoderado, por su lado, puede ser identificado con la pulsión de muerte, regido por una orientación al goce, que es un impulso a ir más allá del principio del placer, cuyos fines son reproductivos y conservadores.

De acuerdo a esta reflexión, se ve más claramente que lo inmoderado es cuenta que saca a los actantes de sí y que los conduce a un afuera, ajeno a la localidad que les es propia, mientras que lo moderado los mantiene en sí y en la localidad que les corresponde. Lo inmoderado, quizás por eso, está asociado con el desastre natural, mientras que lo moderado lo está con la benignidad, con la suerte, con la fortuna de vivir en un orden. La salida de sí supone una rebeldía peligrosa, la adecuación del mí mismo con el sí mismo supone un acatamiento pacífico.

Volvamos al punto de la liberación irrisoria. Esta presupone, sintagmáticamente hablando, una fase de sujeción. Con exactitud, ya lo hemos sugerido, no constituye una relación de dominio en la que el actante dominado haya sido obligado por la fuerza a someterse al dominador. La relación de dominio se funda en las reglas y acuerdos propios de una relación filial, que establecen un orden de intercambios afectivos y obligaciones recíprocas. Al amor que los mayores entregan a los menores, le corresponde a estos, en retorno, devolver una equitativa cantidad de afecto similar. Al cuidado recibido por los más pequeños, corresponde el reembolso a los mayores de un cuidado equivalente.

Pero también en este orden se establece una serie de obligaciones asimétricas: se reconoce una autoridad o señorío y se admite una condición súbdita o dependiente. En ese contexto, los nietos pueden desarrollar distintas labores, que incluyen sobre todo la que atañe al recojo de desperdicios para engordar al cerdo. Tales labores son en principio actividades admisibles dentro del orden familiar y dentro del orden social que refiere el relato, que es el orden de un estado de pobreza y en un contexto urbano marcado todavía por formas de vida campesinas, en las cuales el trabajo infantil es normal. En el desarrollo del relato, sin embargo, los niños son exigidos a realizar trabajos que les demandan no solo un esfuerzo mayor que el habitual, sino en condiciones desfavorables, más riesgosas y peligrosas que las que hacen diariamente. La cuota de restos que deben acopiar pasa a ser excesiva, en correlación con el hambre voraz del cerdo a medida que engorda. Es, por tanto, una cuota que nunca llega a ser satisfactoria. Los obstáculos para cumplir la tarea se hacen al mismo tiempo más difíciles de superar o manejar. En la etapa de actividades normales esos obstáculos son humanos y sociales: la baja policía, las empleadas domésticas, otros competidores. En la segunda etapa los obstáculos son materiales: tienen que ver con las dificultades que presenta el lugar donde se recogen los restos, que como bien sabemos es el muladar. En el primer periodo, los obstáculos pueden ser sobrepasados con facilidad; en el segundo, por el contrario, los obstáculos ofrecen más resistencia e incluso hacen retroceder y fracasar la tarea. Los nietos se hieren con los vidrios rotos que forman los motones caóticos del vertedero y se enferman. En esta etapa los niños se ven disminuidos en su capacidad de trabajo. El abuelo, sin embargo, aumenta la intensidad y la extensión de sus mandamientos. Los nietos menos pueden trabajar, el abuelo más trabajo les exige. Esta es una situación en la que se destaca una relación de dominio y subordinación muy fuerte y concentrada, que termina en el enfrentamiento entre nietos y abuelo, que va a culminar con la mortal pelea en la que el anciano se envuelve con el descomunal y hambriento cerdo. La situación de opresión llega al punto de resultar insoportable. No es consecuencia, sin embargo, de un estado de ánimo descontento por el trabajo más severo que los niños se ven obligados a realizar. No es consecuencia tampoco de la humillación de la que son objeto a causa de los resultados inferiores a los deseados que llegan a alcanzar. La situación se torna insoportable cuando el abuelo, loco de ira y ansiedad debido a que no puede saciarse la tremenda hambre del cerdo, echa al chiquero al querido perro de los nietos. Allí, cuando se ven los restos del animalito y trazas de sangre sobre el barro, la situación se hace inaguantable y uno de los nietos se arroja violentamente contra el abuelo, y provoca accidentalmente que el abuelo caiga el chiquero donde se enlaza en una batalla a muerte con el porcino. Esta acción no puede ser definida como

una rebeldía. Se trata más bien de una respuesta inmediata, una reacción de dominante afectiva antes que cognitiva. Los pequeños no planifican agredir a su abuelo. Como no se sienten ofendidos o insultados, incluso cuando son vejados explícitamente, no imaginan dañar al anciano, no tienen planes de insubordinación y venganza. La acción de empujar al abuelo en el chiquero es fruto de un estallido de cólera que tiene un efecto inesperado, que no se puede prever. Lógico, sin embargo, es suponer que si ese evento no hubiera ocurrido, era de esperar que se produjera algo similar. La voracidad del cerdo es de una intensidad que quiebra toda perspectiva y que crea una atmósfera propensa al caos y a la muerte. De modo que la caída del abuelo en el chiquero, que asegura su muerte, es un incidente que permite una reorganización del mundo por los nietos. A partir de entonces les quedará una vida independiente, no sujeta a dominio alguno. Pero se trata de una independencia no buscada. Es más, de una independencia fundada en un poder hacer limitado, restringido a las posibilidades selectivas que les ofrece el muladar, lugar a donde se ven obligados a ir para poder sobrevivir. Por eso decimos que se trata de una liberación irrisoria, aunque a la vez la performance que a partir de entonces van a desarrollar, sin tutelas ni amos, les pueda permitir una mejoría.

Tal horizonte, sin embargo, no se ofrece para los nietos. El destino que les está reservado es convertirse como el abuelo en alimento de un ser voraz y monstruoso como el cerdo, que es la ciudad, representada como un ser de “gigantesca mandíbula”. Un ser de enorme boca que metafóricamente remite al cerdo convertido en una “especie monstruo”, entidad voraz, que traga de todo. La ciudad aparece entonces como un actante que llega hasta a engullirse a sí misma. Los mismos nietos, por eso, liberados del abuelo que los traga, también metafóricamente, haciéndolos trabajar. No se produce entonces una verdadera liberación, pues los nietos de todas maneras, como todos en la ciudad, van a ser devorados por la monstruosa ciudad.

8. Excurso etnográfico

Acabamos de proponer que la relación que se establece entre el abuelo y los nietos tiene una dimensión caníbal, que el abuelo se engulle a los nietos haciéndolos trabajar. En vez de que él trabaje para ellos y para darles que comer. La metáfora del patrón que se come a los trabajadores, para indicar una relación de explotación abusiva, así como la metáfora de los padres que se comen a los hijos, para indicar una relación similar, son corrientes. Son parte del habla cotidiana, de las metáforas con las cuales vivimos³⁴. Pero, por otro lado, en el mundo representado en el relato hay una suerte de encadenamiento voraz entre diferentes actantes, en la que los más grandes y poderosos se comen a los más pequeños y débiles en términos de poder político y de fuerza

física. En esa serie, la ciudad es la más poderosa: ella devora a quienes la habitan, fagocitándose incluso a sí misma. En esa cadena aparecen enseguida el carnicero, el cerdo, el abuelo, los nietos y el perro; pero encima del carnicero están los consumidores de carne de cerdo. Cada uno se traga al otro, o tiene que tragarse para sobrevivir. Y si no se lo traga, tiene que sacrificarlo.

También la metáfora del sacrificio aparece más o menos dibujada en el relato. El sacrificio entendido como una relación de intercambio que se establece entre los hombres y las divinidades, “como ofrenda en señal de homenaje y de expiación” que se hace a las deidades, tal como reza en el DRAE. Hay algo de ofrenda en la dedicación que se le brinda al cerdo, que aunque no aparece como una divinidad, se le ofrece el sacrificio de los nietos, para por su intermedio recibir bienes. El mismo abuelo también hasta cierto punto se sacrifica por el cerdo. Trabaja para él y quizás muere por él. Todos finalmente se sacrifican a la ciudad.

9. Mundos posibles

El mundo simbólico con el que se relaciona y en el que se ubica el cuerpo, suficiente o completo, no es el mundo donde pueda encontrarse al abuelo, a pesar que este es actante destinador de los infames epítetos que hacen de sus nietos restos de basura, como si él fuera completo. El abuelo, en cambio, es también parte de ese mundo de restos de basura que es el muladar, por tres razones: 1) aprovecha del muladar para alimentar al cerdo que adora porque con ello adquirirá el volumen que lo haga mejor vendible; 2) él mismo es un ser incompleto, de cuerpo enfermo e inactivo; y 3) habita en una casa que constituye “un mundo (...) fabricado de barro, de rugidos”, un mundo muladar.

Para precisar el tema de los mundos, debemos establecer que en el enunciado narrativo se dibujan cuatro mundos: el mundo del muladar, que no tiene presencia, ni tiene representación, porque está formado por elementos inclasificables, donde todo se mezcla, que se opone al mundo de la ciudad, de las “casas elegantes”, que tiene presencia y representación en cuanto allí se configura un universo de elementos claros, distintos y, por consiguiente, clasificables. Este es el mundo de lo normal, mientras que el mundo del muladar es el mundo del vacío y lo inconsistente, en la terminología de Alain Badiou, y que bien podría ser identificado con el concepto lacaniano de real, que es lo imposible de representar. Hay un mundo intermedio: el mundo de “la hora celeste” al que ya nos hemos referido, que es mundo, ya lo dijimos, transitorio y que se instala en el mundo de lo normal. Es en la hora en que “Una fina niebla disuelve el perfil de los objetos y crea como una atmósfera encantada”, en que aparece “fantasmal”, mágico. Los objetos presentados pierden representación: este sería el mundo casi acontecimental, al borde del vacío, en cuanto es lugar de eventos imprevisibles y que pueden cambiar el mundo normal. No es mundo

que da lugar a una nueva normalidad permanente, pero podría pensarse que lo anuncia. También es mundo donde se producen selecciones. Se selecciona lo que puede regresar al mundo normal, se selecciona lo que aun es clasificable o puede ser reclasificado, y es donde se decide lo que será mezclado. Hay, por fin, un cuarto mundo, que es el de los ideales, en el que se perfila lo que debe ser y no debe ser respecto a la normalidad. Es el mundo de las leyes, de las reglas y las clasificaciones, que no se manifiesta explícitamente en el relato, pero que lo subyace, pues sin él no se sostendría el orden normal.

Los cuatro mundos son interdependientes, lo que se observa a partir de la relación que cada uno mantiene con la basura: el mundo normal produce basura, parte de la cual va al muladar, de donde regresa convertida en alimento. El mundo intermedio, es un mundo transitorio donde se selecciona y también se mezcla. Es, como ya dijimos, un mundo claramente fronterizo, situado entre los dos mundos. El mundo ideal y de la legalidad es el que fija las regulaciones del mundo normal. Es el mundo del Estado.

Ahora bien, el mundo normal no es solo aquel de lo transparente, de lo claro y distinto, sino es el mundo de las representaciones, de los símbolos instituidos, de las regulaciones, del mercado y del dinero. No hay que olvidarlo, es el mundo de las transacciones y de las mediciones. Precisamente con la mira puesta en ese mundo que la actuación del abuelo adquiere sentido. Las acciones que realiza apuntan a obtener el valor más importante de ese mundo, una máxima ganancia monetaria. No se sabe bien, es cierto, si hay un fin distinto, más allá de la obtención de dinero. Parece que no. El abuelo, en efecto, pareciera no tener en la mira otro valor que el dinero. Lo que implica que en su horizonte no se halle la aspiración, por ejemplo, a un ascenso social. El abuelo es un actante del mundo putrefacto y está ajustado a él. Es, en consecuencia, un actante cuya actuación se ubica en el mundo de lo normal, en cuanto aspira a ganar, a obtener máximas ganancias, con escasos recursos, uno puede pensar en un capitalista típico, en un inversionista cualquiera. Pero el abuelo también se mueve en el mundo del muladar.

Bajo estos términos estamos en condiciones de plantear el punto central de la propuesta significativa de “Los gallinazos sin plumas”. Los mundos de la normalidad y del muladar, de lo normal y del vacío no son universos (o mejor múltiples o conjuntos) extraños entre sí. Los mundos de la mugre, de la basura y del deshecho, cuentan como parte del mundo de la normalidad. En dos sentidos: es lo que se descarta, lo que la ciudad arroja por inservible, pero es también aquello de lo que se provee para seguir produciendo. La basura en el último grado de putrefacción es contada como incontable, pero a la vez, como incontable no se cuenta. Se halla en la posición de lo que pertenece sin ser parte y de ser parte sin pertenecer. Dicho en términos figurativos: la basura es

un subproducto de la ciudad, que no sirve para nada, y al mismo tiempo es lo inservible convertido en materia prima, hecha útil. La basura del muladar es en ese sentido un elemento fundacional. Es lo inservible que sirve.

Esta ubicación sitúa al mundo del muladar en una posición intermedia y fronteriza, en tanto a la vez que incluida está excluida, y viceversa, respecto del mundo de la ciudad. El muladar marca un límite entre un afuera y un adentro. Pero resulta que la misma ciudad aparece configurada al mismo tiempo como un conjunto perteneciente al mundo del muladar y del chiquero, de la podredumbre extrema que ella produce. Lo normal se incluye así en el vacío real de lo pútrido. Se podría decir que se disuelven los límites y que el horizonte de presencias que se abre en la narración ofrece un panorama confuso, donde ya nada cuenta sino como deshecho en el estercolero.

Es evidente la analogía que se traza entre el cerdo y la ciudad: ambos son actantes que engullen de todo, pero puede postularse que, en virtud de tal semejanza, la ciudad, que aparece como una entidad viva, se encargue de las determinaciones semánticas del cerdo. La ciudad, objeto inanimado, aparece como ser animado, animalizado, de acuerdo al proceso general que presenta “Los gallinazos sin plumas” en el que lo humano se animaliza. Este proceso de correlación semi-simbólica tiene dos direcciones que responden a dos modos de categorización metafórica y alegórica, que a lo largo de este ensayo hemos esbozado.

El cerdo cumple dos roles temáticos esenciales en el relato, de los que algo hemos apuntado. Hemos ido postergado la precisión de esos roles, hasta tanto no dilucidáramos otros puntos. El cerdo es un actante en torno al cual se desarrollan las acciones principales de la narración. Es un bien precioso, pero a la vez es un actante destinador, que comanda y dirige acciones, sobre todo las del anciano, pues define sus obligaciones y sus deseos. El cerdo, sin embargo, cuya gordura es un rasgo de valor fundamental, no es el bien final al que aspira el abuelo. El bien final es el dinero. Pero la gordura del cerdo, que supone un importante volumen cárnico y graso, es una condición necesaria. La gordura del cerdo es el medio y poder indispensable para lograr el objeto final. Ella es signo de las cualidades culinarias que se supone el porcino proporciona, de sus posibilidades como manjar, que lo convierten en ser deseable, irresistible. Para el abuelo es un objeto de poder, en tanto que para otros es una exquisitez anhelada.

La gordura como signo de buen sabor sostiene la condición del cerdo como actante exigente, al que su dueño le concede cuidados y al que le debe un trato ajustado a sus requerimientos. El cerdo para este último aparece entonces como un amo despótico y feroz. Y el abuelo, en esta situación, es el siervo. Las exigencias del chancho, como ya se dijo, no tienen límite. Su voracidad es

infinita. A ella le corresponde la actuación cumplidamente abastecedora del abuelo, quien, sin embargo, no puede hacerlo por sí mismo, sino mediante el dominio que ejerce sobre sus nietos. El abuelo es siervo del cerdo, con cuya venta obtendrá una pingüe ganancia cuyo monto depende de la gordura del cerdo, y a la vez es amo de sus nietos, a quienes obliga a trabajar para alimentar al animal. Se forma así una cadena de dominio y sumisión, que tiene una doble dirección: la dirección de la provisión, que comienza con la recolección de desperdicios, y la cadena de la recompensa. En la cadena de la provisión se sirve al cerdo, aunque el destinatario final es el consumidor de la ciudad. Al final será la ciudad. En la cadena de la recompensa, se obtiene alimentación y seguridad.

La cadena de la provisión, sin embargo, no se cumple con satisfacción, porque la voracidad del cerdo, como la de la ciudad es infinita. La cadena de la recompensa igualmente no se realiza plenamente, porque no se alcanza a cerrar la cadena de la provisión. Ambas forman una relación de intercambio que al final no se efectúan.

10. Puntos de vista

La narración es presentada desde el punto de vista de un enunciador que orienta su mira con intensidad hacia presencias actorales que viven en un mundo de escasez, a las que va captando con una concentración creciente. La narración, sin embargo, parece ofrecer de entrada una visión englobante. La ciudad que puede ser identificada como Lima, por algunos indicios metonímicos, es vista al amanecer. “A las seis de la mañana la ciudad se levanta de puntillas y comienza a dar sus primeros pasos”. Pero la ciudad aparece primero individualizada y predicada como un ser animado y biológico. Esa individualización tiene una doble valencia: se la muestra como una presencia concentrada y única, que puede ser mejor marcada si pensamos en lo que no aparece. En lo que queda ausentificado debido a esa aparición, que corresponde a todo lo que no es la ciudad única. Otros lugares del Perú, sus otras ciudades, mucho más pequeñas que Lima, el campo, las selvas amazónicas. Las narraciones urbanas que se publican en la década de los cincuenta ponen énfasis en las inmensas dimensiones que ha cobrado la capital del Perú respecto al resto del país. Y “Los gallinazos sin plumas” no es el único relato que la presenta bajo una expresión monstruosa.

La visión que la narración ofrece tiene una estrategia selectiva: mira con intensidad hacia una presencia y lo hace con una extensión concentrada. La ciudad de esa manera enfocada, es mostrada, por otra parte, como una aparición ejemplar. La ciudad es en realidad la única.

La narración asimismo se concentra en una hora del día: las seis de la mañana, hora calificada de mágica en la que comienza la jornada diaria. Tras presentar la ciudad como una presencia única, luego la muestra como un escenario en el que se despliega acciones propias de la madrugada. La estrategia con que se ve el horizonte pasa a ser englobante. La mirada es fuerte, pero no se concentra en ninguna presencia en especial: “Una fina niebla disuelve el perfil de los objetos y crea como una atmósfera encantada. Las personas que recorren la ciudad a esta hora parece que están hechas de otra sustancia, que pertenecen a un orden de vida fantasmal”. El escenario que se abre ante el observador muestra a la vista el ambiente propio de un mundo fantástico, que quiebra la continuidad de la rutina. No es, sin embargo, un ambiente ubicado en la dimensión del ser, sino en el del parecer. Puede, en consecuencia, parecer, pero no ser. Y, en efecto, el discurso afirma que lo que aparece bajo la atmósfera de la madrugada no tiene la consistencia de los estados de cosas pertenecientes a este mundo. Su materia, en cambio, pertenece a lo que no puede ser asido con precisión. La mirada que despierta en este caso es intensa, pero la captación es exigua. Las presencias que despiertan fuertes flujos de atención se disuelven en su captación, se diluyen para los sentidos. Los actantes no desarrollan acciones que impliquen transformaciones. Pasan ante la vista y no permanecen. Su duratividad es breve, casi fugaz. Solo unas presencias son seleccionadas de un modo enfático: las de los “gallinazos sin plumas”.

Como la ciudad única, los “gallinazos sin plumas” constituyen una presencia especial y ejemplar, en la que el observador sensible centra su visión. En un primer momento aparecen como personajes de la ciudad y de esa hora mágica que es la “hora celeste”. El punto de vista con que se los muestra es parte de una acumulación de presencias en el escenario de la gran urbe. Pero al mismo tiempo se los destaca y la narración se concentra en ellos. La concentración tiene dos enfoques o focalizaciones. Es siempre heterodiegética, pero en un caso la visión es externa a los actantes focalizados y en el otro, interna. En el primero, la narración es omnisciente; en el segundo, la narración se centra en los “gallinazos sin plumas”. Cuando el punto de vista de la narración es omnisciente, la estrategia es englobante y cuando la narración se centra en los “gallinazos sin plumas”, en los nietos, la narración adopta tanto una estrategia selectiva como particularizante. Su foco de atención entonces es lo que los niños ven y sienten. Y en ese sentido los pequeños se ubican en el centro de referencia del discurso.

Es importante registrar el recorrido que sigue la enunciación. Tras un despliegue del panorama de la ciudad en la madrugada, se centra en las acciones cuyos protagonistas principales son “Efraín” y “Enrique”, los nietos a quienes “don Santos”, el anciano propietario de “Pascual”, hace trabajar en vez de cui-

dar, alimentar y educar, y la travesía termina con una nueva vista de la ciudad desplegada en primer plano. En la primera escena, la ciudad despierta y se mueve como cualquier habitante. El significante “ciudad” es incluido en la serie de sus habitantes. En la última escena, la ciudad aparece como ser vivo que traga a quienes pertenecen a ella. El significante es unidad que engloba y suprime diferencias. A este respecto ha de notarse que, en el primer segmento, en la ciudad se muestran personajes tipos o prototípicos es cierto (las beatas, los noctámbulos, los policías, etc.) pero individualizados de acuerdo al rol temático que cumplen. En el último segmento del relato la ciudad aparece como una entidad que anula toda especificidad. Como el cerdo engulle de todo y en ese proceso mezcla y homogeniza.

La focalización narrativa centrada en los nietos ofrece la presencia de un enunciador que sigue y conoce el mundo de aquellos niños; es más, que siente como ellos y que, en consecuencia, asume sus sentimientos. La proximidad es bastante importante, pero no al punto de confundirse el enunciador con los actantes. Hay una distancia que permite ofrecer una visión que informa de cerca, pero desde el exterior. Desde una exterioridad que hace posible presentar la puesta en escena de actantes que ocupan la posición del Otro, del diferente respecto a la posición del enunciador. El mundo de la escena predicativa parece ser otro respecto al de la enunciación, pero el conocimiento que el enunciador manifiesta hace ver que se trata de un mundo cercano y familiar. Esta presunción se refuerza si pensamos en que los espacios sociales, ocupados por actantes que pertenecen a clases diferentes, y que corresponde a los lugares donde viven los ricos y los pobres, el espacio de las “casas elegantes” y el del “corralón”, no parecen ser sitios ubicados a distancia. En una distancia que hiciera a unos y otros completamente desconocidos. Esta además es una situación que se presenta en otros relatos de Julio Ramón Ribeyro, algunos de los cuales vamos a estudiar en otros momentos. Los ricos y los pobres son vecinos. Aun así, a pesar de la proximidad y la familiaridad, el mundo de los pobres es un universo ignorado. Está frente al de los ricos y al de los no pobres, pero no se toma conocimiento de su existencia. Hay una acción de desconocimiento. De otro lado, la presencia de los pobres tiene una figuración clandestina. Lo que se narra es parte de acciones y de ejecuciones que se realizan de manera oculta y sin el amparo de la ley. De ese modo el enunciador expone incidencias de un mundo que si bien es próximo y familiar, es a la vez otro mundo extraño y distante.

El otro mundo urbano que se despliega va presentándose de manera progresiva. El discurso evidencia el propósito de mostrar la existencia y la vida de actores que viven en la escasez. La focalización se centra en un “corralón” donde habita una familia cuyo jefe se dedica a la cría y ceba de su cerdo para luego venderlo. La observación del “corralón” sigue una estrategia que desde

el punto de la intensidad se va haciendo fuerte, mientras que desde el punto de vista de la extensión se concentra aunque a la vez es acumulativa. Cada aspecto, cada presencia del “corralón” es una aparición esperada clara y distinta, desde el punto de vista del centro de referencia que constituyen los nietos. Lo mismo las calles donde realizan su cotidiana tarea de recoger desperdicios son presencias conocidas. Si a continuación se considera el desarrollo de las acciones, que tienen su eje en el engorde del cerdo, ellas van haciéndose cada vez más tensas a medida que se acerca el límite que marcará el fin del cebado. El nerviosismo crece al tiempo que las sobras faltan. El suspenso y la ansiedad se instalan en la narración. El ritmo se hace más veloz. Las acciones que se suceden se ven impresas por una lógica de sucesiones imprevistas, regidas por la concesión. Los cambios inesperados se precipitan y en el propio mundo de los nietos surge otro mundo, el mundo desconocido de la locura, que anticipa la catástrofe y la muerte. Pero también la liberación irrisoria, la de los subordinados. La tensión que se desarrolla es ascendente y culmina en el estallido final de una pelea a muerte y una liberación irónica.

Toda esa progresión comienza con algunas manifestaciones, fugaces, fragmentarias y cuya realidad completa no se conoce. Por eso la narración se presenta como una penetración en tal mundo. En esa dirección puede decirse que “Los gallinazos sin plumas” ofrecen una narración cuyo propósito es revelar ese otro mundo. Un mundo de escasez, de cruel competencia, de feroz dominio paternal, de alteradas, invertidas y brutales relaciones familiares, que por proyección alumbran un campo de enunciación opuesto en el que reina la abundancia, la colaboración, la protección paterna, la concordia en las relaciones familiares o al menos un cierto equilibrio y seguridad. El mundo de los “gallinazos sin plumas” es asimismo un mundo en el que hay gente miserable que vive de la recolección de desperdicios que encuentra en los botes de basura que la gente dichosa, adinerada o acomodada, pone frente a las puertas de sus casas. Es el mundo de los que viven de sobras, de los restos, de lo que ya no sirve, mundo que contrasta con el de la instancia de enunciación donde se vive de lo entero y de lo plenamente útil.

La revelación de interrelación de los “miserables” con las sobras y con lo putrefacto que las acompaña hace de ellos actantes cuya humanidad se confunde con lo animal. La narración, sin embargo, parece proponerse exponer un orden de valores y sentidos en el que la línea divisoria que separa las categorías mezcladas se diluye. Desde la instancia de la enunciación esa división funda el orden de las categorizaciones y de las valoraciones, pero su confusión en la narración irradia su fuego de indistinciones hasta la enunciación derritiendo en ella sus umbrales divisorios: en todos los mundos, todos somos humanos y animales. El otro mundo de los miserables, es también nuestro propio mundo.

Referencias bibliográficas

AGAMBEN, Giorgio (2000). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*. Valencia: Pre – Textos.

AGAMBEN, Giorgio (1998) *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.

BADIOU, Alain (1998). *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

BADIOU, Alain (2009) *Lógica de los mundos*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

BELEVAN, Harry (1977). *Antología del cuento fantástico peruano*. Lima: UNMSM.

COQUET, Jean – Claude. *La quiete du sens. Le langage en question*. Paris: Presses Universitaires de France.

FONTANILLE, Jacques (2001). *Semiótica del discurso*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima y Fondo de Cultura Económica.

FONTANILLE, Jacques (2007). *Soma y sema. Figuras semióticas del cuerpo*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima.

GREIMAS, A. J.(1989) *Del sentido II*. Madrid: Ed. Gredos.

GREIMAS, A. J (1971) *Semántica estructural*. Madrid: Ed. Gredos.

GREIMAS, A.J. (1970) En Barthes, Roland. *Análisis estructural del relato*. Buenos Aires: Nueva Visión.

LAKOFF, George [y] Johnson, Marck (2001). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Ed. Cátedra.

LANDOWSKI, Eric (2009) *Interacciones arriesgadas*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima.

LANDOWSKI, Eric (2004). *Passions san nom. Essai de socio-semiétique III*. Paris: Presses Universitaires de la France.

LÉVI-STRAUSS, Claude (1968). *Lo crudo y lo cocido*. México: Fondo de Cultura Económica.

LÉVI-STRAUSS, Claude (1964). *El pensamiento salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica.

QUIJANO, Aníbal (1977). *Imperialismo y “Marginalidad” en América Latina*. Lima: Mosca Azul Editores.

RASTIER, Francois (2005). *Ulysse a Auschwitz. Primo Levi, le survivant*. Paris: Les Editions Du Cerf.

TODOROV, Zvetan (1978). *Introducción a la literatura fantástica*. Buenos Aires: Nueva Visión.

VIDAL, Fernando (1975). “Ribeyro y los espejos repetidos”. En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Lima. Vol I. N° 1. Primer semestre de 1975. Pp. 73 - 88.

ZILBERBERG, Claude (2007) *Semiótica tensiva*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima.

NOTAS

1 Cf. Quijano, Aníbal: 1977.

2 Cf. Fontanille, Jacques: 2001

3 Cf. Lévi–Strauss, Claude: 1968

4 ¿Cómo no mencionar el análisis que Claude Lévi–Strauss dedica a los nombres de animales en *El pensamiento salvaje* (1964): “[Las aves por] la estructura anatómica, la fisiología y el género de vida se sitúan más lejos de los hombres que los perros, a los cuales no se les da nunca un nombre de pila humano sin provocar algún malestar o aun, inclusive, un pequeño escándalo. Nos parece que la explicación está contenida ya en esta observación.

Si, más fácilmente que en el caso de otras clases zoológica, las aves también reciben nombres de pila humanos según la especie a la que pertenecen, es porque pueden permitirse asemejarse a los hombres, precisamente por lo mucho que difieren de ellos. (...) Por este hecho, forman una comunidad independiente de la nuestra, pero que, en razón de esta independencia misma, se nos manifiesta como una sociedad otra, y homóloga de aquella en la que vivimos (...)

Por consiguiente, se dan objetivamente todas las condiciones para que concibamos al mundo de las aves como una sociedad humana metafórica (...)

(...) esta relación metafórica imaginada entre la sociedad de las aves y la sociedad de los hombres, va acompañada de un procedimiento de denominación que pertenece al orden metonímico (...); cuando se bautiza a especies de aves con los nombres de Pierrot, Margot o Jacquot, se toman esos nombres de pila de un lote que es patrimonio de los seres humanos, y la relación de los nombres de pila de las aves con los nombres de pila humanos es, casualmente, la de la parte con el todo.

La situación es simétrica e inversa en el caso de los perros. No solamente no forman estos una sociedad independiente, sino que, como animales domésticos, forman parte de la sociedad humana, aunque ocupan un lugar tan humilde que no se nos ocurriría pensar (...) en llamarlos como humanos (...) Por el contrario, les reservamos una serie especial: Sultán, Príncipe, Negro, Diana (éste último nombre de pila humano, pero percibido primero como mitológico), etc.; que son casi todos nombres de batalla que forman una serie paralela a los que se llevan en la vida corriente, o dicho de otra manera, nombres metafóricos. Por consiguiente, cuando la relación entre especies (la humana y la animal) se concibe socialmente como metafórica, la relación entre los sistemas de denominaciones respectivas cobra el carácter metonímico; y cuando la relación entre especies se concibe como metonímica, los sistemas de denominaciones cobran un carácter metafórico.

He aquí, ahora, otro caso: el del ganado, cuya posición social es metonímica (forma parte de nuestro sistema tecno – económico), pero diferente de la de los perros, por cuanto al ganado se le trata más francamente como objeto, y al perro como sujeto (...). Ahora bien, los nombres que damos al ganado, provienen de una serie distinta de la de las aves o los perros; generalmente son términos descriptivos que evocan el color del pelo, el porte, el temperamento. Recio, Bayo, Blanquita, Cariñosa, etc. Estos nombres tienen a menudo un carácter metafórico; pero difieren de los nombres dados a los perros en que son epítetos procedentes de la cadena sintagmática, en tanto que los segundos provienen de una serie paradigmática; por tanto, los unos dependen más de las palabras, y los otros, más bien, de la lengua.

Consideremos, por último, los nombres dados a los caballos. No a los caballos ordinarios que, según la clase y la profesión del propietario, pueden situarse a distancia más o menos cercana del ganado o de los perros, y cuyo lugar se torna más incierto todavía en virtud de las transformaciones técnicas rápidas que han señalado a nuestra época, sino a los caballos de carrera, cuya posición sociológica está claramente establecida por relación a los casos ya examinados. En primer lugar, ¿cómo clasificar esta posición? No se puede decir que los caballos de carrera formen una sociedad independiente a la manera de las aves, puesto que son un producto de la industria humana y puesto que nace y viven yuxtapuestos en potreros concebidos en atención a

ellos, como individuos aislados. No forman parte de la sociedad humana, ni a título de sujetos, ni como objetos: son más bien la condición des-socializada de la existencia de una sociedad en particular: la que vive de los hipódromos o que los frecuenta. A esta diferencia corresponde otra en el sistema de denominación, aunque la comparación nos obligue, aquí, a hacer dos reservas: los nombres dados a los caballos de carrera se eligen practicando reglas particulares, diferentes para los de pura sangre y los de media-sangre, dan testimonio de un eclectismo que procede más de la literatura sabia que de la tradición oral. Dicho esto, no es dudoso que los nombres de los caballos de carrera contrasten de manera significativa con los de las aves, los perros o el ganado. Están rigurosamente individualizados puesto que (...) no está permitido que dos individuos lleven el mismo nombre; y aunque compartan con los nombres dados al ganado una formación tomada de la cadena sintagmática: Océano, Azimut, Ópera, Maravilla, Telégrafo, Luciérnaga, Orvietano, Week-end, Lapislázuli, etc., se distinguen por la ausencia de connotación descriptiva (...)

Por tanto, si las aves son humanos metafóricos y los perros, humanos metonímicos, el ganado es inhumano metonímico, y los caballos de carrera son inhumanos metafóricos: el ganado no es continuo más que por falta de semejanza, los caballos de carrera son semejantes por falta de contigüidad. Cada una de estas categorías ofrece la imagen ‘en hueco’ de una de las otras dos categorías, que guardan a su vez entre sí una relación de simetría invertida” (pp. 297 – 302).

5 Cf. Badiou, Alain: 1989.

6 Cf. Badiou, Alain: 1989.

7 Cf. Fontanille, Jacques: 2001.

8 Al respecto seguimos las bien conocidas tesis de Todorov (1978) y Belevan (1977).

9 El polvo es una figura frecuente en la narrativa de Julio Ramón Ribeyro, que expresa los conceptos de muerte y degradación.

10 En la narrativa de Julio Ramón Ribeyro puede encontrarse esa asociación en otros relatos, específicamente en “Los merengues”.

11 Cf. Fontanille, Jacques: 2007.

12 Puede ensayarse un contraste y una asociación con la “zona gris” que aparece en la novela de Primo Lévi *Si esto es un hombre*, destacado por Francois Rastier. No es espacio ni luminoso ni oscuro. Cf. Rastier, Francois: 2005.

13 Cf. Vidal, Fernando: 1975.

14 Cf. Landowski, Eric: 2004.

15 Cf. Landowski, Eric: 2009.

16 Cf. Lévi-Strauss, Claude: 1964.

17 Cf. Zilberberg, Claude: 2007.

18 Cf. Fontanille, Jacques. Op. Cit.

19 Cf. Rastier, Francois: 2005.

20 No podemos acá tomar partido respecto al debate que emprende Francois Rastier frente a las meditaciones de Giorgio Agamben sobre el tema de la sobrevivencia en los campos de concentración. Cf. Op. cit., y Agamben, Giorgio: 2000.

21 Hacemos una reelaboración a partir de formulaciones realizadas por Francois Rastier: Op. Cit.

22 Una reflexión y debate sobre el tema puede ser encontrado en el citado libro de Francois Rastier.

23 Cf. Badiou, Alain: 2008.

24 Cf. Fontanille, Jacques: 2001. Véase también Coquet, Jean-Claude: 1997.

25 Término actualizado por Giorgio Agamben que se usaba en el lenguaje jurídico de la antigua Roma para designar a quienes podía matarse con absoluta impunidad. Cf. Agamben, Giorgio: 1998

26 Recordemos que se suele decir que “el trabajo dignifica al hombre”, lo que equivale a decir, si tomamos el sentido antiguo del término dignidad, a que el trabajo viste al cuerpo dotándolo de decencia y autoridad y reputación.

- 27 Este es un asunto que ha sido tratado por Jacques Fontanille en *Soma y sema*. Op. Cit.
- 28 En este cuadrado, por otra parte, los actores que se incluyen pertenecen a especies distintas, son animales (porcino y aves de carroña) y humanos. Ocurre, sin embargo, que todos ellos se homogenizan de acuerdo a dos criterios: 1) los “nietos” como lo hemos visto se asemejan e identifican con los “gallinazos” y 2) lo mismo el “cerdo” y el “abuelo”, en la medida en que en cierto momento el viejo pasa a unimismarse sensiblemente con el porcino, a sentir como él la falta de comida.
- 29 Cf. al respecto el ya clásico libro de Lakoff y Johson: 2001
- 30 Cf. Greimas, A.J: 1989. Véase también Fontanille, Jacques. *Semiótica del discurso*.
- 31 Cf. Greimas, A.J. *Semántica estructural y Análisis estructural del relato*.
- 32 La noción de desmodalización ha sido introducida por Jacques Fontanille para designar el proceso mediante el cual un actante se individualiza, pierde su carácter estereotípico. Cf. *Soma y sema*.
- 33 Cf. Fontanille, Jacques. *Semiótica del discurso*.
- 34 Cf. Lakoff y Johnson. Pp. Cit.